

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

GALERIA DE MUJERES CELEBRES.

COLECCION DE LEYENDAS BIOGRAFICAS

ESCRITA

POR LA SEÑORA

D.^a María del Pilar Simiés de Marco.

PRÓLOGO.

A MIS LECTORAS.

Mi intención al escribir esta *Galería* ha sido daros á conocer la vida de las mujeres que mas han honrado nuestro sexo, y la de aquellas que han adquirido por sus crímenes una fatal celebridad.

Hubiérame bastado para esto haber entresacado de las biografías mas ó menos estensas, que de ellas nos han dejado diferentes escritores, algunos apuntes exatos é imparciales; pero estos apuntes tenían forzosamente que haber sido áridos y descarnados porque la verdad desnuda es siempre severa por mas que sea muy hermosa.

He preferido, pues, adornarla con las galas de la novela ó leyenda; sin separarme un punto de la verdad histórica y de las biografías mas autorizadas, os haré conocer tambien á los personajes que han acompañado á esas *mujeres célebres* en el transcurso de su vida: brotarán en torno suyo el amor filial, el materno, el conyugal, la alegría, el placer, el dolor, el odio, la venganza y todos los sentimientos que, llevados al extremo, se convierten en pasiones: las cercarán la castidad, la resignacion, la generosidad, la dulzura y todas las suaves virtudes, que han embellecido los dias de las personas á quienes han amado: y finalmente, levantando las losas de su sepulcro y despojándolas del nevado cendal ó del fúnebre velo con que el tiempo las ha cubierto, las vereis mujeres y tomareis en ellas ejemplos de virtud y de fortaleza, á la vez que os inspirará horror el desenfreno de sus pasiones.

No temais, sin embargo, dejar mi libro en manos de vuestras hijas: no temais que contenga el ve-

nenos de la impureza: sé que es preciso presentar el mal para que inspire aversion; pero solo de cierto modo y jamás atropellando las leyes de la sana moral.

Larga será mi tarea, pues son muchas las mujeres que han alcanzado una celebridad inmensa y merecida y no iria yo á reseñaros algunas para dejar á las demás en un injusto olvido: además mi deseo es que vuestras hijas no se vean en el caso en que algunas veces he visto á jóvenes de la mejor educacion en la apariencia.

No ha mucho tiempo que, hablando yo de la célebre Catalina de Rusia con un caballero en presencia de una bella jóven de diez y ocho años, dijo esta que tenia un vivo deseo de conocerla; y habiendo preguntado á mi amigo que cómo podria lograrlo, éste, que es burlon y mordaz, le respondió que *yendo á Roma*.

El rubor subió á mi frente y me afectó dolorosamente la ignorancia de aquella jóven: desde entonces formé el proyecto de empezar mi libro y para las jóvenes le escribo.

Así, pues, aunque mis biografías vayan envueltas en el gracioso ropaje de la novela, no son menos exactas ni serán menos ciertos los pormenores, que en ellas os dé, de las heroínas de que trate.

Ilustrar á la mujer es el anhelo que siempre ha guiado á mi pluma: si además de esto consigo entretenerla agradablemente; si vosotras, pobres y tiernas madres, que habeis oido suspirar á vuestras hijas por un vestido de baile, veis que hoy le olvidan por mi *Galería de mujeres célebres*: si vosotras, dulces y encantadoras jóvenes, olvidais las perlas, las gasas y las flores, que los módicos recursos de vuestros padres no pueden alcanzaros; si olvidais las luces, la música y los perfumes del baile, á que no os es dado concurrir, con la lectura de este libro; si en las largas veladas del invierno le abris en el hogar paterno sobre la mesa de labor y pasais con él algunas horas de grato solaz, se habrán cumplido todos los votos que formé al escribirle.

Muchos, muchísimos han dicho que es una grave falta ambicionar lo que no puede alcanzarse: sobrados y rígidos censores tienen la vanidad y el lujo, que desgraciadamente dominan hoy á la mujer: pero ¿quién se ha cuidado hasta ahora de instruir la deleitándola? ¿Quién le ha dado libros tan ame-

nos, que sean, á la vez que el pasto de su corazón y de su inteligencia, un recurso contra el tedio? Libros por los cuales deje sin pena el sarao que le ocasiona gastos cuantiosos: libros que ensalcen y embellezcan la pobreza: libros que hagan amable el deber y la virtud?

Venid, pues, bellas y encantadoras jóvenes, esposas que estais aun en la primavera de la vida, madres ancianas y respetables: venid todas las nobles criaturas que perteneceis á la clase media; que tenéis privaciones sin cuento, por la falta de medios y por la excelencia y delicadeza de vuestros instintos; venid á mi galería de preladas, de guerreras, de poetisas, de santas, de artistas, de reinas, de admirables madres, de heroicas esposas y de ejemplares hijas: busque cada una en ella la heroina á quien ame ó por quien se interese; busque cada una el modelo que le convenga; la virtud que admire, la cualidad que prefiera: todo lo encontrareis en ella: belleza, talento, gracia, heroismo, sabiduría, santidad, grandeza, virtud y ternura; y á través de esos dones del cielo las tristes debilidades, azote de la existencia humana, y los abrojos que en todos los caminos de la vida hieren las plantas de la mujer.

Ardua es mi tarea: su variedad y el interés de que procuraré rodearla, espero que os la harán agradable; y en cuanto á mí, si alcanzo á distraeros y á instruiros, puedo aseguraros que me serán dulces mi desvelos y mi trabajo grato.

LA AUTORA.

Leyenda primera.

LUISA MAXIMILIANA DE STOLBERG,
PRINCESA ESTUARDO Y CONDESA DE ALBANY.

Sucede con el corazón como con el cielo; que cuantos mas ángeles hay mas sitios.

Federica Bremer.

I.

Reia la blanca aurora de un día de primavera en el palacio y los jardines del príncipe de Stolberg-Geldern, cerca de Mons, distrito de Hainaut en Bélgica, cuando una joven vestida con un peinador blanco guarnecido de encajes, bajaba lentamente una escalinata de mármol que conducía al parque de dicho palacio, desde su suntuoso interior.

Aquella joven parecia tener cerca de veinte años y aunque estaba dotada de una belleza angelical, llamaba la atención sobre todo por la gracia y elegancia de su figura y la distinción y encanto de sus maneras.

Oigamos lo que dice de ella el gran Alfieri en una carta á un amigo suyo:

"Sus ojos negros, llenos de fuego y de la mas dulce espresion, una tez blanquísima y el cabello del

rubio mas hermoso, daban á su belleza tanta brillantez, que era muy difícil desprenderse de ella."

No exajeraba el inmortal poeta la belleza de Luisa Maximiliana de Stolberg, pues no es otra la joven que presento á mis lectores bajando á los jardines del palacio de su padre.

Era de mediana estatura, esbelta y delicada como una palma: su nariz perfecta, su boquita rosada y su graciosa frente, coronada de una poblada cabellera dorada, formaban el conjunto mas seductor, completado por la nobleza de su porte y de su flexible talle.

Luisa llegó al jardín, que era muy hermoso: corria entonces el año de 1772 y aun no se habia introducido en los jardines el fastuoso lujo de nuestros días: la naturaleza lucia mas sus galas y en cambio el arte no habia adelantado tanto: no habia boj recortado, montañas artificiales, ni árboles enanos; pero la frondosa y rica vejetacion de Bélgica hacia brotar césped por do quiera, y por todas partes se veian flores, corpulentas encinas, esbeltos álamos y frescas cañadas.

Luisa se sentó en un banco de piedra, cuyo respaldo le formaba un frondoso jazmin, y sus lindas facciones se dilataron con una sensacion de bienestar y de gozo imposible de describir.

La hija del príncipe de Stolberg-Geldern habia nacido en aquel palacio en el año de 1752 y su infancia y su adolescencia habian corrido puras y apacibles, pero tristes, en aquellos jardines, único mundo que conocia, habia perdido á su madre cuando aun se hallaba en la cuna y su vida se habia deslizado solitaria y sin mas goces que correr tras de las mariposas, seguida de su lebreja Mirza, hermoso animal que casi nunca la abandonaba.

Permaneció la joven un rato sentada y como sumergida en una meditacion deliciosa: luego, como si necesitase hablar en voz alta para desahogar su corazón, henchido de algun sentimiento muy profundo, exclamó levantándose y tendiendo sus miradas por el jardín.

—Oh, qué hermoso día se presenta! Jamás me ha parecido mas bello este jardín, mas aromadas sus flores ni mas sonoro el rumor de sus fuentes. ¡Cuán bueno, cuán dulce es amar! ¡Cómo dilata el alma! ¡Cómo ensancha los horizontes del pensamiento! ¡Ah, Carlos! ¡Cuánto te agradezco que me hayas enseñado á vivir al hacerme comprender todo lo hermoso, todo lo radiante que existe en el amor mútuo é intensamente sentido!

Calló Luisa: escapáronse algunas lágrimas de sus ojos, que corrieron por sus blancas mejillas, y juntó sus manos sobre el corazón como para contener sus latidos.

De repente algunos ladridos suaves y quejumbrosos la sacaron de su distraccion: volvióse sorprendida y vió bajar corriendo por la escalinata de mármol, á su perra Mirza, seguida del príncipe de Stolberg.

Un vivo rubor vistió las facciones de Luisa; mas haciendo un esfuerzo pudo, serena al parecer, salir al encuentro de su padre.

II.

Era el príncipe de Stolberg un anciano que pasaba de los sesenta años, de figura benévola y simpática y nobles facciones.

Acercóse á su hija, la abrazó amorosamente, después la hizo sentar en el banco de piedra, que antes habia ocupado, y se colocó junto á ella.

—Buenos dias, hija mia, dijo el príncipe estrechando en las suyas una mano de Luisa: he querido verte para hablar un rato contigo con formalidad y sobre todo con franqueza.

—Padre!.. murmuró la jóven con un tono de afectuoso reproche.

—Déjame hablar, Luisa: luego contestarás á lo que te diga; repuso el príncipe con triste gravedad.

—Ya os escucho, padre mio; repuso la jóven con sumision.

El anciano prosiguió después de un penoso esfuerzo para serenar su voz conmovida por la emocion.

—Vas á casarte, hija mia: hoy dejarás este techo bajo el cual ha corrido tu vida feliz y tranquila y en el que todos te amábamos con la mayor ternura; y al empezar el último dia que has de pasar á mi lado debo decirte los recelos que abrigo acerca de tu porvenir.

—Recelos, padre mio! exclamó Luisa con tono de reconvencion.

—Si, hija mia; recelos muy tristes y... ¡quiera Dios que no sean fundados! Luisa, continuó el anciano, temo que el príncipe Carlos no sepa hacerte feliz!

—Pero por qué, padre mio?

—Es ambicioso, inconstante, aturdido: se deja llevar siempre de la primera impresion: te vió dos meses hace pasando á caballo por delante de este palacio; se enamoró ciegamente de tí... pero solo de tu belleza, hija mia: no es un amor de convencimiento, cimentado por el trato y por el aprecio de tus nobles cualidades: no es ese amor que se apoya en la simpatía del alma y de la inteligencia. Carlos tiene poco talento y por lo tanto, hija mia, no puede apreciar el tuyo que, en esta ocasion solemne y por la vez primera de mi vida, puedo decirte que no es muy comun; tu alma es apasionada y tierna; la suya ambiciosa, fria y calculista: tu imaginacion poética y su temperamento material y grosero: y no es esto, hija mia, lo que mas me aterra: es peor, á mi modo de ver, que tu esposo sea biznieto de Jacobo II de Inglaterra y que se le apellide *El Pretendiente!*

—Padre mio, repuso Luisa con firmeza, yo creia que lo que os habia decidido principalmente á dar mi mano al príncipe Carlos era precisamente su cuna real. ¿Acaso no soy yo hija del príncipe Stolberg? Tanto favor me hace?

—No, hija mia; repuso el anciano ahogando un suspiro: tu cuna no cede en nada á la suya: yo he adelantado quizá mis recelos mas de lo que debia: lo que mas cuidado debe inspirarnos es el carácter del príncipe.

—¡Oh! No temais eso! Yo le cambiaré!... Me quiere tanto!...

—Santas ilusiones del amor! murmuró el príncipe con tristeza: ¿por qué os habeis de trocar tan pronto en descarnadas realidades!

Luisa no le oia: escuchaba con el corazon palpitante el paso aun lejano de un caballo.

—Ahí está Carlos! gritó precipitándose hácia la puertecilla del parque, en tanto que su padre se dejaba caer en el banco que ella habia ocupado poco antes.

Un momento después volvia Luisa á entrar en el jardin, apoyada en el brazo de un gallardo jóven.

Era el príncipe Carlos Estuardo, prometido de la hija del príncipe Stolberg.

Su figura era muy hermosa: alto y bien formado, sus facciones recordaban los puros rasgos de la fisonomía de la reina Ana Estuardo, su ascendiente: tendria la misma edad que Luisa y sus ojos azules y sus cabellos rubios y ensortijados daban á su semblante un aire seductor de dulzura y juventud.

No obstante, examinándolo bien, se conocia que el frio egoismo habia hecho su presa de aquella alma de veinte años.

Llevaba un traje de terciopelo violeta ricamente bordado: los encajes de su cuello y de sus mangas valian una fortuna: resplandecia el puño de su espada, cuajado de pedrería, á los rayos del sol naciente y sus cabellos que caian en largos bucles á pesar de estar empolvados, segun la moda de aquel tiempo, ostentaba su seductor matiz.

—Buenos dias, señor; dijo con un frio respeto dirigiéndose al anciano que no habia dejado su banco de piedra.

—Buenos dias, príncipe; respondió el de Stolberg con la misma frialdad.

Los jóvenes se internaron para pasearse en una calle de tilos y no bien estuvieron á alguna distancia, dijo Carlos con acritud.

—La conducta de tu padre es incalificable, Luisa.

La jóven guardó un triste silencio.

—Yo que soy un príncipe real, prosiguió el orgulloso Estuardo, le hablo con el sombrero en la mano; y él que es un príncipe tributario me recibe sentado y cubierto!

Luego, como viese que Luisa, no respondia nada, añadió mirándola con una especie de cólera:

—Ah! Si no fueras tan hermosa!

—Olvidad mi belleza si no podeis amar y respetar á mi padre, como yo quiero, príncipe; dijo Luisa con firmeza: aun estais á tiempo.

—Renunciar á tí! exclamó Carlos rodeando con su brazo el flexible talle de Luisa, como si temiese que viniesen á arrancársela.

Luego añadió entre dientes:

—Antes renunciaria á mis derechos á la corona de Inglaterra!

Luisa se desembarazó dulcemente de la presion del príncipe: cambió de conversacion y entrambos continuaron su paseo.

III.

A las ocho de aquella noche se celebró en la capilla del palacio de Stolberg el matrimonio de Carlos Estuardo y de Luisa.

El desposado había firmado su contrato nupcial algunos días antes con su apellido régio, pero añadiendo el título de conde de Albany que le había concedido el Parlamento de Inglaterra y que usó siempre desde el día de su casamiento.

El gran duque de Toscana Fernando III fué padrino de este enlace y en su nombre el marqués de Rivoli, que fué exprofeso á Stolberg enviado por su señor para representarle en la ceremonia y acompañar después á los ilustres desposados á Toscana, donde tenían preparada una espléndida residencia.

Toda la nobleza del distrito de casi toda la Bélgica y mucha parte de la de Inglaterra—aquella que era adicta á la dinastía de los Estuardos—presenció el casamiento.

Luisa estaba radiante de belleza y de alegría y en la frente del desposado se veía brillar también el orgullo satisfecho; mas la del príncipe de Stolberg estaba cargada de oscuras nubes; y cuando Luisa pronunció el *sí* que la separaba de él para siempre, lanzó un ahogado sollozo.

Acabada la ceremonia, los concurrentes pasaron á los salones donde estaba dispuesto un suntuoso banquete; terminado el cual fuese Luisa á su habitación, trocó su traje de raso blanco por otro de camino, y subió á un coche de viaje con su esposo.

Seguíanla en otros el marqués de Rivoli con su secretario, su servidumbre y la de Luisa que no había querido separarse de su aya y de dos jóvenes, damas de honor suyas, desde que contaba una edad muy tierna.

El camino fué silencioso: Luisa lloraba acordándose de su buen padre y apenas respondía á las apasionadas palabras del príncipe, que no pasaban de vulgares protestas.

Cuando rayó el día se hizo mas intensa la aflicción de la joven condesa; cada pradera, cada colina que el rápido rodar de su carruaje dejaba detrás, le decían que se alejaba de su hermosa Bélgica tan poética, tan bella, tan querida, y su pena se tornaba cada instante mas amarga.

Cansado el príncipe de consolarla, se durmió y Luisa al oír su sonora respiración y al ver la poca parte que tomaba en su pena, exclamó con voz ahogada por el llanto:

—¡Oh padre mio! ¿Por quién te dejo y qué amor me sostendrá en la escabrosa senda de la vida?

En la frontera de Toscana hallaron al duque Fernando que salió á recibirles y les acompañó al palacio que tenían destinado, en las cercanías de Florencia.

El gran duque cenó con el conde de Albany y su esposa, cuya belleza pareció hacerle una fuerte impresión: luego, llevando aparte á aquel:

—¿Necesitais algo, conde? le preguntó con la mayor cordialidad.

—Nada, duque; respondió friamente Carlos, recalando la palabra *duque*.

Irguióse con soberbia Fernando III, y cubrió su cabeza que hasta entónces había tenido descubierta por atención á la condesa.

—Soy un príncipe reinante! dijo con magestad.

—Soy un Estuardo! contestó con insolencia Carlos poniéndose también su sombrero.

—Conquistad un trono y os trataré como á rey, repuso Fernando III volviéndole la espalda.

Acercándose después á Luisa, que se recostaba tristemente en su sillón, quitóse de nuevo el sombrero y le preguntó:

—Puedo hacer algo por vos, señora?

—Gracias, príncipe; contestó la condesa que se levantó sin perder por eso nada de su dignidad: muchas gracias: las córtes de la casa de Borbonos han señalado rentas sobrado crecidas para nuestra condición.

Carlos lanzó á su mujer una mirada de desprecio y el duque sin mirar al orgulloso *Pretendiente* salió diciendo en voz muy baja:

—¡Es un ángel!

IV.

Cinco años han pasado.

Era una noche de invierno de 1777 y en un salón de un hermoso palacio de Florencia se hallaba el conde de Albany sentado junto á una joven de fisonomía, mas que bonita, espiritual y simpática.

—Señor, decía ella procurando desasir su mano de entre las del conde: señor, dejadme! Jamás, no, jamás podré resolverme á hacer traición á vuestra esposa, á cuyo servicio estoy desde la edad de doce años y que tantas pruebas me ha dado de afecto y de bondad.

—Bah! bah! Palabrería, mi querida Leopoldina, pura palabrería! contestó el conde, cuyo semblante estaba abotargado y cubierto de granos, fruto de su estado casi continuo de embriaguez desde hacia tres años.

—Os repito, señor, que no quiero escucharos.

—Prefieres hablar y que te escuche yo?

—Y qué quereis que os diga?

—La vida que ha llevado la condesa durante los dos meses que yo he pasado cazando.

—Oh! de muy buena gana os la diré! contestó Leopoldina en cuyos hermosos ojos negros brilló la alegre esperanza de verse libre á poca costa de las persecuciones del conde.

—Habla, pues.

—La señora condesa se ha levantado temprano, como siempre: ha empleado en su tocador la hora y media que tiene de costumbre, pues ya sabeis que nunca descuida su persona como si agradeciese á Dios el haberla dotado de tan admirable belleza.

—Y qué mas? preguntó impaciente el conde.

—Luego ha dedicado las primeras horas de la mañana hasta la del almuerzo á la música y á la pintura: después de almorzar ha escrito su larga y diaria carta á su ilustre padre.

—Todavía dura en ella esa abominable costumbre! barbotó con ira el conde.

Despues añadió dirigiéndose á Leopoldina:

—Prosigue.

—Acabada la carta ha salido á paseo en carruaje ó á caballo con sus escuderos y con Amelia ó conmigo, segun á la que correspondia, pues seguimos un turno riguroso.

—Y quién la acompañaba en el paseo?

—Algunas veces S. A. el gran duque.

—Magnífico! exclamó el conde frotándose las manos con una malvada alegría: y venia á buscar aquí á la condesa?

—No, señor: solo paseaban juntos cuando se hallaba en el paseo.

—Quién mas acompañaba á la condesa cuando no encontrábais, *por acaso*, se entiende, al gran duque?

—Nadie, respondió la camarera con mal segura voz.

—Mientes! gritó Cárlos con furia.

—Señor!

—Dí la verdad!

—Señor, la acompañaba alguna vez tambien el conde Víctor Alfieri, ese noble italiano tan melancólico y adusto y que, segun dicen, es tan gran poeta.

—Adelante.

—Despues del paseo, la señora condesa se vestia para comer; y luego volvia á vestirse para recibir á los nobles extranjeros que cada dia la presentaban y que eran casi los mismos que hoy frecuentan el palacio.

—No venia tambien el conde Alfieri?

—Como ahora: todos los dias.

—Salia cuando todos?

—No: antes que nadie.

—Por qué no querias decirme que el conde Alfieri acompañaba en sus paseos á la condesa?

—Oh, señor! Dicen que sois tan celoso!..

—Pobre Leopoldina! Solo es uno celoso cuando ama; así, guárdate de tener ningun amante, ó si lo tienes, ocúltamelo.

—Pero, señor, ya sabeis que estoy prometida al vizconde Gualtero y que le amo.

—Pues le mataré!

—Bah! Por qué? dijo la pobre niña, cuyos labios pálidos se esforzaban en formar una sonrisa.

—Porque te amo.

—Y mi señora?

—La odio, y quiero á fuerza de malos tratamientos, obligarla á pedir el divorcio!

—Oh Dios mio! á ella tan noble, tan hermosa! ¿Y qué lograreis con el divorcio?

—Así que lo consiga trataré de hacer anular nuestro casamiento bajo el pretesto de que la esterilidad de Luisa dará lugar á extinguir la raza de los Estuardos.

—Pero eso no es verdad! La condesa ha dado á luz dos niños muertos, efecto de los disgustos que le haceis sufrir!

—Qué me importa? Yo necesito enlazarme con una princesa de una casa soberana, que me ayude á colocarme en el trono de Inglaterra.

—Y qué quereis hacer entónces de mí?

—La reina de mi corazon! contestó el cínico esposo, tratando de abrazar á Leopoldina.

Mas ésta, ágil como una ardilla, se escapó de entre sus manos y corrió á encerrarse en su cuarto, donde derramó un torrente de lágrimas, menos por sí que por su infortunada señora.

V.

El conde de Albany hirió el suelo con su pié, lleno de cólera, al ver desaparecer el último pliegue del flotante traje de la dama de honor: luego empezó á pasearse por la habitacion con aire preocupado.

Ya no era el hermoso jóven que hemos conocido el dia de sus desposorios: toda la elegancia de sus formas habia desaparecido, invadida por una repugnante grosura: sus ojos azules, antes tan rasgados y hermosos, estaban rojos y rodeados de hondas ojeras, producto de sus noches de orgía: su tez encendida y salpicada de manchas y granos: su dentadura ennegrecida por el uso continuo de la pipa y descuidada por completo: notábase en toda su persona un no se qué de compostura afeminada, de vergonzoso enervamiento y de falsedad depravada y cruel.

Su pasion por Luisa habia pasado muy pronto: tres meses despues de su casamiento descubrió la jóven los amores de su esposo con una muchacha del pueblo que se presentó llorando á gritos á la puerta del palacio.

Luisa la hizo entrar en su habitacion, la consoló, le dió una crecida suma de dinero y saludables consejos para en adelante y la pobre muchacha se arrodilló á sus piés llamándola su ángel tutelar.

La condesa dió á su esposo tiernas y sumisas quejas de su infidelidad: él la respondió riendo y jugueteando, y la desgraciada jóven olvidó bien pronto aquella injuria.

Algun tiempo despues, el conde quiso ir á vivir á Florencia y dejando su risueño castillo en las cercanías de esta ciudad, compró un palacio dentro de sus muros y condujo á él á su esposa.

Entónces empezó una vida de desórdenes y conspiraciones políticas, para las cuales contaba únicamente con gente perdida, con emigrados de equívoca procedencia y con duelistas, desterrados ó expatriados por sus excesos.

Luisa le vió pasar muchas noches seguidas fuera de su casa: le vió volver embriagado y conducido por dos de sus infames amigos: sufrió que tuviese citas con sus queridas dentro de su mismo palacio; y convencida de que ni sus quejas ni sus reconvencciones podrian cambiar aquella grosera naturaleza, se resignó á sufrir y á permanecer retirada en su habitacion la mayor parte del dia, acompañada de su aya y de sus dos damas de honor.

Las empresas del príncipe abortaron todas, debiendo el no ser encerrado en un castillo para toda su vida á la consideracion que el Gobierno inglés tenia á su régia cuna: sus agentes le estafaban y validos de la nulidad de su talento le hacian creer absurdos que jamás debia ver realizados: cuan-

do le suponían próximos á irritarse contra ellos, le llevaban á una cena crapulosa ó á una casa de juego y allí apagaban el ardor de su cólera con el cansancio de nuevos excesos.

Dos años pasaron en tenebrosas conspiraciones y en vergonzosos placeres, y durante ellos Carlos Estuardo conservó hácia su mujer, si no cariño, al menos cierta consideración: cuando la vió próxima á ser madre pareció reanimarse en él un sentimiento más noble, y hubiérase dicho que la agradecía la perpetuidad de su nombre.

Poco antes de dar á luz la condesa á aquel hijo tan esperado, volvió Carlos á su palacio cerca del día, conducido por dos de sus comensales y herido en la cabeza por un vaso que un convidado ébrio le había arrojado en el calor de una disputa: venía tan espantoso, tan cubierto de vino y sangre, tan desfigurado en fin, que el corazón de Luisa tembló en su pecho y cayó ésta sin sentido dando un grito penetrante.

Al día siguiente dió á luz un niño muerto.

Cuando el conde volvió en sí y le enteraron de lo ocurrido fué al cuarto de su esposa y tuvo la crueldad de injuriarla con groseras reconvenciones; pero Luisa se incorporó en su lecho, blanca, severa y helada, y le dijo estas solas palabras:

—Carlos, la muerte de mi hijo ha apagado mi amor hácia vos; dejadme!

El corazón del príncipe tembló al oír estas palabras: Luisa era su ángel bueno y le abandonaba!

Durante algún tiempo cambió de vida y Luisa creyó en su arrepentimiento.

¡Pobre niña! No sabía con quien estaba unida, ni quien era el hombre que, á pesar suyo, amaba todavía!

El conde volvió á su vergonzosa vida: para ser feliz en su apacible retiro con la hermosa, con la angelical Luisa se necesitaba otra inteligencia más elevada que la suya, otro corazón más sensible, otra alma más tierna; carecía enteramente del sentimiento de lo bello: las artes no decían nada á su imaginación vulgar: odiaba la lectura y como rico y gran señor no reconocía obligaciones forzosas.

Un año después y próxima Luisa á ser madre por segunda vez se retiró á su castillo señorial para dar á luz el ilustre vástago de los Estuardos: las casas reales de Inglaterra, de Francia y de Toscana habían despachado sus embajadores para asistir al parto de la princesa; los Países Bajos enviaron ricos presentes para el recién nacido y las cortes de Roma y de Borbon habían nombrado su servidumbre: Carlos Estuardo era rechazado por los ingleses por su nulidad y sus vicios; pero todo anunciaba que muchos acataban en su sucesor al heredero del trono.

Luisa esperaba á su hijo rogando á Dios que no le malograra: una noche, que estaba leyendo en su libro de oraciones, oyó parar un coche á la puerta del castillo: era cerca de la una y Luisa creyó fundadamente que sería su marido; pero su sangre se heló en las venas al oír á su aya disputar con una mujer que al fin se precipitó en su cuarto pálida y desgredada.

Era la condesa Giovanna Vassi, dama de su esposo y conocida públicamente por tal.

La condesa era alta, morena, varonil y parecía poseída de una violenta cólera.

—Se ha escapado! gritó como una hiena. ¡Ha huido!

Luisa calló: tenía seca la garganta y no había sonidos en su pecho.

—Pues qué, señora! continuó la condesa ¿sois de mármol? El príncipe ha huido á París con la bailarina Floriana! Vamos, vos que podeis, enviad en su busca! No teneis soldados, escolta, lacayos, coches!... En qué pensais?

Luisa se puso lívida; abrió mucho sus grandes ojos negros; viéronse brotar en su frente menudas gotas de un helado sudor: crispáronse sus manos, tembló horriblemente y luego gritó con un acento arrancado del alma:

—Mi hijo ha muerto!! Dios maldiga á su asesino!!

Cruzó con fuerza sus manos sobre su seno, como para retener el postrer aliento de su hijo que agonizaba en sus entrañas, y cayó rígida y pesadamente en los brazos de la condesa Giovanna que, en aquel momento, hubiera deseado que la tragase la tierra.

(Se continuará.)

UN VIAJE REDONDO.

(CONTINUACION.)

IV.

LAS DOS PRIMERAS SINGLADURAS.

Las cinco de la tarde serian cuando el bergantin *Pelayo* montaba la punta de Torres, en que termina por el Oeste la concha de Gijón y desde cuya altura se dejó correr en popa á lo largo de la costa, y como á unas cinco millas de distancia, en demanda del cabo de Peñas, el más notable y saliente de los muchos que presenta el litoral asturiano.

Mientras permanecieron á bordo las personas que vimos regresar al puerto cuando el bergantin entró en viento, no ocurrió en el buque novedad alguna digna de una mención especial. Su cubierta continuó incrustada de gente hasta el punto de serles imposible á los marineros el acudir oportunamente á los puntos en que su deber les llamaba.

Algunos de los pasajeros, aunque en muy corto número, habían bajado al sollado; habían arreglado sus coimes ó sus estrechos jergones, los que los tenían, y se habían acostado, los unos á dormir, en la seguridad de que la quietud y el sueño son los mejores preservativos contra el mareo, y los otros á llorar en silencio la ausencia de sus familias. Los restantes permanecían sobre cubierta, porque la tarde estaba magnífica; el espectáculo que ofrecen las costas vistas desde un buque que corre paralelamente á ellas y á corta distancia, es un espectáculo sorprendente, sobre todo para el que lo disfruta.

ta por primera vez, y no era natural que renunciasen á él voluntariamente los pasajeros del *Pelayo* por encerrarse en el estrecho calabozo que les estaba destinado.

Apenas la lancha del práctico se habia separado del costado del bergantin, cuando el capitan dió por primera vez la voz de — ¡pasajeros al sollado! — Y no podia pasar por otro punto.

La cubierta de un buque que surca los mares debe estar libre, completamente libre de obstáculos que impidan el libre tránsito á la marinería. El menor retardo en acudir á echar manos de un aparejo cuando se ejecuta alguna maniobra, puede comprometer la suerte del buque: los pasajeros estaban de mas sobre el puente desde el momento en que el piloto del puerto habia puesto al *Pelayo* en franquía.

Algunos comprendieron la necesidad de obedecer la órden que acababa de dar el capitan, y la obedecieron; algunos la obedecieron tambien, aunque sin comprender aquella necesidad; pero los mas, ó no la comprendieron, ó no quisieron comprenderla y se quedaron sobre cubierta, contentándose con trasladarse de un punto á otro.

La voz de — pasajeros al sollado! — se oyó por segunda vez á los pocos momentos: el acento con que el capitan pronundió la órden era ya mas duro, mas imperativo, porque el despejo de la cubierta se hacia cada vez mas urgente.

Los pasajeros de popa bajaron todos á la cámara, á excepcion de Casimiro que permaneció al lado de su tio, siguiéndole á todas partes como si fuese su sombra. Los de proa se asomaban á la boca de escotilla, examinaban el oscuro y reducido recinto en que debian encerrarse y retrocedian espantados; muchos bajaron sin embargo, á pesar de su repugnancia, empujados por los marineros; pero quedaron aun bastantes sobre cubierta.

El capitan y la tripulacion apenas podian ya disimular el disgusto y la impaciencia con que veian aquellas gentes sobre el puente, pero se mordian los labios y se aguantaban, porque el puerto estaba á la vista, y en el puerto habia catalejos con los cuales se podia distinguir perfectamente cuanto se hiciese en el buque.

Momentos antes de montar la punta de Torres, y cuando el *Pelayo* se disponia para aparejar en popa, la voz de — pasajeros al sollado! — se dejó oír por tercera vez. El acento con que fué pronunciada era un tanto amenazador, é iba acompañada la órden de interjecciones expresivas y de ademanes que anunciaban la proximidad de la tormenta, que solo la vista del puerto contenia.

El sollado recibió en su oscuro recinto unos veinte pasajeros mas, algunos de los cuales se encontraron en él sin saber cómo habian bajado.

—Caza y braza por barlovento—gritó desde popa el capitan del *Pelayo*. — Arriba en popa!

La maniobra se ejecutó, aunque no con la celeridad conveniente, porque los marineros al correr, tropezaban con la gente que quedaban aun sobre cubierta.

El capitan tomó entonces un aspecto de sinies-

tra severidad; cogió un chicote y gritó blandiéndole en actitud amenazadora: — Pasajeros al sollado!

El puerto estaba á punto de perderse de vista.

El jefe del buque no cesó de mirar con marcada ansiedad á la atalaya, hasta que Gijon se ocultó por completo tras la punta de Torres.

Durante los cuatro minutos escasos que duró esta escena, los pasajeros que comprendieron la proximidad del chubasco preparado sobre sus hombros, se habian precipitado á la boca de escotilla, y algunos habian descendido, aunque con suma dificultad, pero el sollado estaba lleno, completamente lleno, y quedaban unas veinte personas agolpadas á la entrada luchando inútilmente con sus compañeros para que les dejasen espacio en que poder colocarse.

La ira concentrada del capitan llegó á su colmo; no le detenia ya la vista del puerto, y se lanzó sobre ellos chicote en mano seguido de dos marineros provistos como él de rebenques, y les obligó á que se precipitasen al sollado, cayendo sobre los que habian tomado ya posicion por huir de un aluvion de golpes que caian sobre sus espaldas en medio de un diluvio de juramentos.

Gracias á este recurso extremo, la cubierta del bergantin quedó en menos de diez segundos completamente despejada. Hasta Casimiro, aterrado á la vista de aquellas tres furias, habia bajado á la cámara, ocultándose temblando en la litera de su tio.

Puesto ya en rumbo el *Pelayo*, y sin necesidad de nuevas maniobras, hasta que á la entrada de la noche decayese el nordeste y se llamase el viento á la tierra, la tripulacion habia bajado en parte á su camarote, y la restante se paseaba tranquilamente ó conversaba dividida en pequeños grupos arrimados á la obra muerta.

Como se habia zarpado despues de la hora en que por regla general se cena en los buques, y era natural además que tanto la tripulacion como los pasajeros hubiesen comido antes de dejar el puerto, no se encendieron las hornillas aquella tarde mas que para hacer algunas tazas de café para las gentes de popa, y aun esto de malísima gana. Si algunos, bien por falta de tiempo ó por la intensidad del pesar que les causaba separarse de sus familias, ó por prevenir los efectos del mareo se habian embarcado en ayunas, tanto peor para ellos: los armadores y el capitan de un buque nada tienen que ver con las ocupaciones, ni con los sentimientos, ni con las precauciones higiénicas de los pasajeros. El sol, que se estaba ocultando entonces entre las olas, volveria á salir por la mañana y se condimentaria el rancho para distribuirlo á la hora de costumbre: otra cosa, seria una reprehensible gollería.

Y puesto que el buque gobierna tranquilamente y nada debe pasar sobre cubierta capaz de excitar nuestra atencion, bajemos un momento á la cámara, visitemos despues el sollado para pasar revista á los pasajeros de entrambos departamentos, y cerciorarnos de cuáles son las comodidades que al ajustar el pasaje se les han ofrecido.

La primera nos es conocida de antemano, y sa-

bemos tambien que á mas de las literas del capitan y del piloto, quedaban otros tres catres sobrantes.

En ellos tenian que acomodarse los nueve pasajeros de popa, entre los cuales se contaban uno de los comerciantes mas fuertes y acreditados de la Habana, llamado don Narciso Miranda, natural de Villaviciosa, y que habia venido al pais con objeto de visitar á su familia, y dos oficiales de infantería destinados al ejército de Cuba. Los seis restantes eran niños de diez á catorce años que iban á buscar fortuna.

Cada uno de estos nueve individuos habia pagado su pasaje en la seguridad de que tendria á su exclusiva disposicion uno de los tres catres de la cámara; pero se encontró con dos compañeros que habian adquirido igual derecho, y al reconvenir al capitan por aquel engaño, que tenia todas las apariencias de una estafa, el comandante del buque arrojó la culpa sobre el armador, que estaba ya bastante lejos para que se le pudiese exigir la devolucion del dinero, y haciendo de la necesidad virtud hubieron de conformarse todos con dormir tres en cada cama.

El comerciante y los dos oficiales habian tomado ya posesion de las tres literas; dos de los niños se habian acostado con los últimos, y los cuatro restantes yacian por el suelo en un estado lastimoso.

Pocos momentos despues de haber pasado la barra, principiaron á sentir los efectos del mareo, enfermedad, si no peligrosa, molestísima y á la cual escapan muy pocas personas la primera vez que se embarcan, y aun hay algunas á quienes acomete en cuantos viajes emprenden durante los tres ó cuatro primeros dias, y otras que no abandona un solo dia en toda la navegacion por larga y feliz que esta sea. Los niños, sin embargo, suelen librarse de ella en su mayor parte, si gozan de buena salud.

Diferentes remedios, ridículos algunos hasta un extremo increíble y todos ellos ineficaces, se anuncian como preservativos de este mal: la experiencia demuestra, que fuera de un paseo por tierra firme, no existe, al menos conocido por ahora, específico alguno para combatir el mareo con buen resultado.

Mientras los niños habian permanecido sobre cubierta, el aire puro y fresco que corria habia contenido los progresos del mal; pero no bien habian entrado en la cámara, cuando los acometió en toda su fuerza.

Los infelices clamaban en un principio por sus madres, lloraban, se revolcaban por el suelo, pedian por Dios y por la Virgen que los echasen en tierra, é intentaban, aunque en vano, asirse á la escalera para subir de nuevo sobre el puente á respirar el aire libre. A medida que sus estómagos se desocupaban se fueron rindiendo al cansancio hasta rodar por el suelo al impulso de los balances del buque, cual si fuesen maderos de respeto, y tan insensibles se hallaban, que no hubieran dado un grito aunque pasase sobre sus cuerpos un cañon de 24.

Casimiro y los dos niños que se habian acostado abandonaron los catres en vista del triste estado de sus compañeros, y permanecian arrodillados en el suelo limpiándolos, consolándolos y acercándoles

los baldes que el paje de la cámara habia cuidado de dejar allí á prevencion.

Era cuadro tiernísimo el que presentaban aquellas siete criaturas cuidadas las unas por las otras, sin una persona formal que auxiliase á las últimas en su caritativa y penosa faena. La tripulacion se hallaba toda sobre cubierta ocupada en las manobras, y tanto el comerciante como los dos oficiales se aguantaban en sus catres cubiertos hasta las cejas, porque el mareo es contagioso y no querian ver ni oír lo que á su lado pasaba.

El sobrino del piloto era el único que prestaba verdaderos socorros á sus camaradas. Algun tanto acostumbrado á los vaivenes del buque y seguro de que no se marearia, permanecia de pié corriendo de unos á otros, subiendo sobre cubierta á vaciar y limpiar los baldes, á buscar tanques de agua para mitigar la sed que molestaba á los enfermos, y ora les aplicaba un limon á los labios, ora les humedecia las sienes, ó bien los arropaba con mantas, con un afan y una solicitud fraternales.

El señor Miranda, que tenia hijos de tierna edad, habia luchado algun tiempo entre el egoismo y la compasion, habia corrido al fin las cortinas de su litera, aunque sin atreverse á dejar la cama por el mal estado en que su estómago se encontraba, y contemplaba con lágrimas en los ojos aquella escena, bendiciendo y animando con cariñosas palabras á la tierna y sensible criatura que parecia no tener entonces otro afan ni otro deseo que el de hacer menos molesta la triste situacion en que sus cuatro compañeros se encontraban, abandonados de todo el mundo y presa de terribles angustias.

La vista de aquel espectáculo que lastimaba su corazon de padre y del cual procuraba en vano apartar los ojos, unida á los violentos balances y cabezadas del buque cuando habia cambiado el aparejo para rebasar la punta de Torres, concluyó por marearle completamente.

Desde las primeras náuseas habia volado Casimiro en su socorro, le sostenia la frente, le humedecia las sienes y los labios, le atendia en fin con la tierna solicitud de un buen hijo, sin abandonarle un solo momento mas que para socorrer á sus camaradas, como si fuese el ángel tutelar de la cámara del *Pelayo* y ardiese su alma en sacrosanta caridad.

El agradecido comerciante lo estrechaba contra su seno y le cubria de besos y de caricias en los intervalos en que el mareo le acometia con menos violencia, y dirigia al cielo fervientes votos en pro del porvenir de esta inocente criatura.

Si la viuda de Pumarino hubiera podido ver entonces á su hijo, ¡cuántas lágrimas de ternura no se escaparían de sus ojos! ¡Con qué violencia latiria su amoroso corazon! ¡Con cuánta efusion, con qué extremos de delirio le hubiera cernido en sus brazos!

Y Eloisa!...

Pero dejémoslas que lloren juntas en este momento la ausencia de la prenda de su amor, causa hoy de su desconsuelo y que será quizás algun dia para entrambas un raudal inagotable de felicidad y ventura.

A los pocos minutos de estar el bergantín corriendo en popa, bajaron á la cámara el capitán y Pumarino, y no pudieron menos de enternecerse, particularmente el último, á la vista del espectáculo que se presentó ante sus ojos.

Ayudados de Casimiro, del paje de la cámara y de dos grumetes que bajaron al intento, desnudaron á los cuatro niños mareados, colocándolos después dos á dos, y con las cabezas en sentido contrario, en los catres ocupados por los oficiales; les sirvieron tazas de café con unas gotas de aguardiente de caña; los otros dos niños se acostaron en la cama del comerciante; se limpió á fuerza de agua el piso de la cámara, se vertieron en él algunas gotas de esencia, y aquel departamento tomó por algunos momentos un aspecto menos repugnante.

Abandonémosle; subamos sobre cubierta á respirar el aire puro y vivificante del mar, y dirijámonos después al sollado.

Penetrar en estos departamentos sería en estos momentos empresa muy difícil hasta para un ratón. La boca de escotilla se encuentra completamente interceptada por unas treinta cabezas que salen á flor de cubierta y que se hallan tan unidas que les sería imposible volverse á derecha é izquierda para huir de una impresión desagradable: estas treinta cabezas pertenecen á otros tantos cuerpos que se hallan de pié y como prensados en el sollado, y á través de los cuales sale un confuso rumor de voces, de gritos desgarradores, de ahogados gemidos y de juramentos, blasfemias y maldiciones.

El sollado del *Pelayo*, á oscuras completamente, cerrada la única entrada por donde puede renovarse el aire, está convertido en una horrorosa caverna.

Cuando por la gracia y la virtud del chicote se lanzaron en él los últimos pasajeros, les fué imposible acostarse, ni aun siquiera hacerse sitio para permanecer sentados; lucharon á brazo partido con los que, habiendo bajado antes que ellos, se hallaban ya acomodados, los dueños de los pocos coimes y jergones que había en el sollado reclamaron, como era natural, su propiedad, y se armó por fin un jaleo terrible en que los mas débiles y los de menos edad concluyeron por ser arrojados de los puestos que ocupaban, agrupándose en tropel á la entrada.

Sus compañeros mas próximos les empujaban violentamente para que subiesen sobre cubierta, pero la idea del chicote que habían visto blandir momentos antes tan á disgusto de sus costillas, les detenía prensados como sardinas. Mala era indudablemente la situación de estos treinta infelices; pero lo era mucho peor aun la de sus camaradas.

Si nos fuera posible, penetraríamos en el reducido y oscuro calabozo en el que se hallan apiñados los unos sobre los otros. ¿Pero qué necesidad tenemos de hacerlo para formarnos una idea del triste y repugnante espectáculo que se ofrecería á nuestros sentidos?

Hay en él ciento cuarenta pasajeros, niños en su mayor parte, tan oprimidos que apenas pueden moverse, ni aun disponer de sus brazos; una mitad por ó menos están mareados, horriblemente ma-

reados; los baldes que se han colocado allí son insuficientes y además inútiles, porque nadie se cuida de llevarlos á donde se necesitan; y aun cuando el capitán, cumpliendo con su deber hubiese destinado á este servicio tres ó cuatro grumetes, les sería imposible trasladarse de un punto á otro sin pasar sobre aquellos cuerpos inertes que no dejaban entre sí el menor espacio. Todos se hallaban nadando en inmundicia; el aire cargado de pestilentes miasmas se podía cortar con un cuchillo, y no se veía la mano ante los ojos.

Estas ligeras indicaciones bastan y sobran indudablemente para que nuestros lectores comprendan el estado en que se hallarían los pasajeros de proa que conducía á la Habana el bergantín *Pelayo* á las dos horas de haber salido del puerto.

Los desgraciados que los buques negreros transportan desde las costas del gofo de Guinea al suelo americano, van mal, muy mal, malísimamente; pero poco tienen que envidiar á los niños que salen de nuestros puertos con igual destino.

Aquellos de nuestros lectores que hayan tenido la dicha de no pasar por un trance igual, ó que no hayan oído referir á testigos presenciales las penalidades y los martirios que se pasan en estos viajes, tendrán quizás por exagerado nuestro relato, y hasta creerán que estamos forjando un cuento para excitar su sensibilidad. Si hay exageración en este cuadro y en los que sucesivamente iremos exponiendo, es por exceso de tintas claras; es porque nuestro tosco pincel no acierta á extender en ellos los colores sombríos que podían acercarlos algun tanto á la realidad.

La marcha del *Pelayo* iba disminuyendo de velocidad á medida que decaía el nordeste, y se hallaba ya frente á la desembocadura del Nalon cuando la noche extendió su negro manto sobre las costas asturianas. El terral principió á correr con alguna intensidad, y el buque se puso en vuelta de afuera gobernando al N. N. O.

El capitán y el piloto que habían salido de la cámara para mandar la maniobra é indicar al timonel el rumbo en que debía llevar la proa, repararon al fin en aquella porción de niños que obstruían la entrada del sollado, y les amenazaron con blandir sobre ellos el chicote si no se entraban al momento; pero por grande que fuese el terror que unos cuantos golpes bien aplicados de rebenque les inspirasen, era imposible, de todo punto imposible, que obedeciesen.

El señor de Miranda, que había subido al puente con el fin de contemplar la puesta del sol, los libró de una rociada de chicotazos próximos á caer sobre ellos. Por indicación suya se les mandó subir, bajaron dos marineros al sollado, le reconocieron detenidamente desde la entrada, por la imposibilidad de penetrar en su interior, y se convino al fin en que no podía entrar allí un hombre mas, aunque se le empujase con espeques.

Era por lo mismo indispensable que diez de aquellas criaturas se acomodasen en el sollado bajo la boca de escotilla, y que las veinte restantes durmiesen sobre cubierta.

El capitán echó de nuevo sobre el armador la culpa de haber admitido á proa mas pasajeros de los que podia llevar, asegurando que si se hubiese negado á recibirlos á bordo, como era de su deber, le habrían separado del mando y puesto otro en su lugar.

El mal no tenia ya remedio posible, y solo se pensó en acomodar aquellos pobres muchachos del mejor modo que se pudo, gracias á las insinuaciones enérgicas del comerciante, á quien el jefe del *Pelayo* no quería disgustar por razones que se alcanzarán perfectamente, con solo tener en cuenta su posicion y el influjo de que por ella debia gozar en la Habana.

Una parte de los niños se acostaron dentro y debajo de la lancha, y los restantes buscaron á proa y al abrigo del fogon y del molinete un rincon en que acomodarse. Afortunadamente para ellos corria entonces el mes de julio y el tiempo estaba delicioso.

La noche se pasó sin novedad.

Cuando el sol se presentó de nuevo en el horizonte, se hallaba el *Pelayo* á la altura de la Estaca de Vares, circunstancia que dice por sí sola bastante en favor de la marcha de este buque. Treinta leguas en doce horas escasas, y corridas las mas á beneficio del terral, era un andar mas que mediano, y el capitán debió quedar satisfecho de su buque. Verdad es que no habia quedado un palmo de vela por largar.

A las seis de la mañana se sirvió á los pasajeros de popa el café con un par de galletas por plaza, y á excepcion de los cuatro niños que seguian aun muy mareados, todos ellos se desayunaron con apetito.

Para los de proa no hubo nada; absolutamente nada por entonces.

A medida que los rayos solares adquirian intensidad, las veinte infelices criaturas que habian dormido sobre cubierta fueron abandonando sus incómodos lechos, y sus cuerpos ateridos con la frialdad de la noche se fueron reanimando: y aunque poco acostumbrados aun al movimiento del buque y tambaleando cual si estuviesen beodos, y cayendo y levantándose á cada paso, consiguieron llegar á la obra muerta, á cuyo abrigo se sentaron.

Como se navegaba con tiempos favorables y mar bella y no habia necesidad de maniobrar por entonces, se permitió que subiesen por pelotones sobre cubierta los pasajeros de proa que estuviesen en disposicion de hacerlo, á fin de que se lavasen y limpiasen la inmundicia que cubria sus vestidos.

Pocos fueron los que abandonaron el sollado. El mareo se habia cebado en ellos de una manera terrible, y hallándose por entonces algun tanto sosegados, se negaban á moverse temiendo que el mal se reprodujese con la misma intensidad que el dia anterior.

Los que salieron estaban hechos una miseria, y hubieron de trabajar mucho y gastaron bastantes baldes de agua salada antes de ponerse en buen estado. La limpieza y el aire fresco y puro de la mañana los fueron reanimando poco á poco, y se les

permitió permanecer arriba, mientras el buque siguiese la vuelta en que iba navegando.

Las gentes de la cámara fueron abandonando sus catres y subiendo tambien unas tras otras, y la cubierta del *Pelayo* adquirió por unos momentos una regular animacion, animacion que crecia á medida que se acercaba la hora del rancho que todos, y muy particularmente los que no habian comido desde la mañana anterior, esperaban con ansia. Se les habia ofrecido un trato esmerado; la mar abre extraordinariamente el apetito, y no es extraño que anhelasen aplacar el hambre que principiaba á devorarlos.

Llegó por fin el ansiado momento; la campana del bergantín llamó á los pasajeros de proa; salieron de la cocina unas cuantas ollas humeando, y asomaron por la escotilla del camarote de la tripulacion dos espuestas llenas de galleta y un porrón de vino tinto.

El cocinero puso en el suelo una docena de fuentes que llenó hasta los bordes de arroz y bacalao, únicas viandas que las ollas contenian, y el encargado de la despensa escanció unos diez cuartillos de vino en cinco tanques de hoja de lata, y entregó á cada pasajero un par de galletas.

La campana llamó por segunda vez; se esperó por los que faltaban un breve rato, y al ver que ninguno de los que estaban en el sollado se daba prisa á dejarlo, el cocinero colocó de trecho en trecho seis de las fuentes, en cada una de las cuales puso diez cucharas, y junto á cada fuente un tanque de vino, vino en que entraban por partes iguales el agua, la tintura del palo campeche y el jugo de las uvas.

Los pasajeros se lanzaron á la comida con ansia devoradora, y á los cinco minutos todo habia desaparecido menos el hambre: se habia alimentado á sesenta personas con lo que apenas bastaria para dejar satisfechos á cuarenta hombres de mediano apetito y que hubiesen cenado regularmente.

De los infelices á quienes el mareo retenia en el sollado, nadie se acordó por entonces.

Dos horas despues, á las doce de la mañana, se sirvió la mesa de popa, cuya abundancia y variedad tendremos ocasion de examinar otro dia, y á las cuatro de la tarde se dió á las gentes de proa el segundo rancho, tan abundante como el anterior, sustituyendo el arroz con habichuelas y suprimiendo el vino, sin duda por innecesario.

El número de los pasajeros que acudieron al llamamiento de la campana ascendió á sesenta y seis. Los restantes continuaron sin tomar mas alimento que algunos tanques de agua que dos grumetes les bajaron, despues de estar gritando por espacio de dos horas, por lo menos, antes que se acudiese á matar la sed ardiente que los devoraba.

Anocheó sin novedad y se sirvió la cena á las gentes de la cámara.

El *Pelayo* tenia entonces el cabo Hortegal á cinco leguas por la aleta de babor.

(Se continuará.)

BALDOMERO MENENDEZ,

COMPOSICION POETICA.

UN AZAR

DEL REY CHICO DE GRANADA.

PREÁMBULO.

Durante el dilatado y turbulento periodo de la dominacion de los árabes en España, desde el triunfo de Tarif en Guadalete el año de 714 hasta el de 1492 que los Reyes Católicos tomaron la ciudad de Granada, no se presenta, acaso, en las brillantes páginas de nuestra historia un solo hecho que aventaje los acontecimientos que tuvieron lugar en aquella deliciosa comarca bajo la dominacion de sus reyes, hasta los azares ó infortunios del supersticioso y debilísimo Boabdil Aben-Abdallah, en cuyas manos se hallaba el cetro á la terminacion de aquella guerra; pues las hazañas del Cid, los hechos de Bernardo del Carpio, el heroismo de Guzman el Bueno, y otros, no pueden considerarse como superiores á los bellísimos episodios de aquel drama encantador, en el que se han ejercitado las plumas de los mas célebres escritores.

Boabdil, á pesar de sus defectos, ocupará siempre un lugar predilecto entre los personajes históricos, acaso por aparecer con cualidades enteramente contrarias á las que distinguieron á aquellos héroes: así por las circunstancias particulares en que se encontró, como por sus infortunios, aventuras y desgracias.

Por último, la presente obrilla en la que se refiere ó se da cuenta de uno de sus mas dolorosos azares ó acontecimientos de su historia, podrá servir, aunque imperfecta como todas las de su autor, de un simple y apacible entretenimiento.

1.

Fué un tiempo nuestra España belicosa
De muerte, de ruina y de esterminio,
La nacion mas revuelta y azarosa
Do el mal fijó su infausto predominio:
Desde la enhiesta cima portentosa
Del suntuoso Calpe, su dominio
Asentó hasta el confin de otras naciones
El terrible Tarif con sus legiones.

2.

Siglos y siglos en tenaz contienda
Desde que de Pelayo el rayo ardiente
Estalló en Covadonga, guerra horrenda
Resonó por do quier: se vió furente
Brillar la impura llama, y como ofrenda
El hierro destructor de gente en gente;
Y al árabe en su triunfo asegurado
Y al godo perseguido y humillado.

3.

No cedió empero; y si el fatal Rodrigo
Sucumbió en Guadalete, en pos se alzaron
Del patrio ardor al delicioso abrigo,
Otros héroes insignes que lidiaron
Y opusieron al misero enemigo

El poderoso esfuerzo que mostraron,
Desplegando la enseña portentosa
De otra España mas grande y mas hermosa.

4.

Entre ofensas, disturbios y desmanes,
Los Alfonsos, Fernandos, los Hurtados,
Los Cides, los Mendozas, los Guzmanes,
Los Córdoba's ilustres y afamados,
Contrastando los riesgos, los afanes
En todo trance altivos y esforzados,
Elevaron con ánimo ardoroso
El ibérico solio poderoso.

5.

Del invasor cruel la clara estrella
Se eclipsó en Aragon, y vió en Navarra
Su fortuna ceder tambien con ella,
Rechazada su fiera cimitarra:
Vió la gloria inmortal que á par destella,
Y aquella accion espléndida y bizarra
De los bravos varones que eligieron
La santa cruz y con la cruz vencieron.

6.

Corrió el tiempo: en las Navas y el Salado,
Y en choques mil y mil quedó vencida
La arrogancia agarena, y destrozado
Su arrogante poder; su insignia herida
Y en girones cubriendo el profanado
Suelo, do fuera un tiempo tan temida;
Pues su rigor infando y ominoso
Tocaba ya á su término espantoso.

7.

El Bermejo Mahomet que ufano y fuerte
Resistió los embates del cristiano,
Llamado el Vencedor, con mejor suerte
Rijó en Granada el solio soberano:
Orgullosa y osado lo convierte
En centro de un dominio altivo y vano,
Y elevó con su nombre y su criterio
Aquel florido y suntuoso imperio.

8.

Siguió Yusuf que altivo se acrecia,
Y el célebre Ismael con su partido;
Y el Zagal que en su rango los seguia
Fué tambien celebrado y acojido:
Mas la discordia en tanto se estendia
Entre aquellos magnates; y el sonido
De la trompa guerrera por los prados
Resonaba, por bosques y collados.

9.

Muley-Hacen regenteó su imperio;
Y su hijo Boabdil inquieto, osado,
De Aixa su madre el fiero magisterio
Siguió ambicioso, astuto y destemplado:
Cubrió á Hacen el desprecio y el dicterio;
Descendió de su trono, que usurpado
Fué por Boabdil con toda su grandeza,
Y ocultó allá en Codima su flaqueza.

10.

De noble aspecto aunque de escasa altura,
Débil en el obrar, aunque impaciente,
Su dignidad y su actitud segura
Mantuvo el nuevo rey: su continente
Mostraba, su donaire y su blandura,
Su mirada espresiva, audaz, ardiente:
El Zogoibí (1), su pueblo le llamaba,
Y el Rey Chico también le apellidaba.

11.

Estendió su dominio y animoso,
De Mussa-Abil-Gazan, su noble hermano,
Seguido y ayudado, cauteloso
Aseguró su predominio ufano:
Flameó su estandarte ya glorioso
Y creó su cortejo soberano,
Sensible empero al fausto y la belleza
Aunque con dignidad y con grandeza.

12.

Era costumbre en reyes africanos
Vivir en ocio muelle, y en el gusto
Que ofrece al hombre débil y liviano
Esa mitad del ser, que el hado adusto
Humilló á su dominio loco, vano,
Con su altanero avasallar injusto,
Y pasar en un mísero idiotismo
Y en triste y degradante parasismo.

13.

Boabdil en tal doctrina aleccionado,
Magüer celoso de su nombre y fama,
Con espíritu inquieto y alterado
Siguió la senda que al deber lo llama:
Sus émulos venció siempre esforzado;
A la justicia en apariencia aclama;
Hasta que de Moraima la hermosura
Templó su condicion y su locura.

14.

A ella se unió, y ledos se mostraron
El cariño mas tierno y amoroso;
En la Alhambra felices se enlazaron;
En aquel paraiso suntuoso
Que el palacio de perlas le llamaron:
En aquel bello eden, grato, ostentoso;
Encanto, admiracion de las edades,
Centro de los placeres y crueldades.

15.

De arrayanes y mirtos guarnecidos
Y con flores, sus arcos se encontraban,
Con lazos y follajes repartidos
Do millares de luces reflejaban;
Y damas y muslimes escogidos
En alegres parejas se animaban,
Risueñas, complacidas, placenteras,
Radiantes en las zambras y ligeras.

(1) El Zogoibí quiere decir el *desventuradillo*.

16.

Todo era animacion, todo contento:
Y Boabdil y Moraima engalanados,
Con su vestir airoso y opulento,
A su amoroso frenesí entregados
Con espresiva faz y dulce acento,
Dirigian las fiestas animados;
Los gusles y añafles resonaban
Y á aquella grata union entusiasmaban.

17.

Moraima, sí, Moraima, luz radiante
Que ilumina el espíritu adormido,
Y que engrandece al ser, puro y constante;
Que anima al hombre en su querer mecido;
Que su esplendor angélico y brillante
Penetra el corazon de amor henchido;
Que lo eleva, lo halaga, lo seduce,
Y con blandas caricias lo conduce.

18.

Ya la celeste antorcha se ausentaba
Y el luminoso disco se escondia,
Cuando en las alcatifas resonaba
El susurro del viento que corria;
A lo lejos el trueno retumbaba;
El tupido crespon ya se estendia,
Y se vió que avanzaba un mensajero
En un caballo estrepitoso y fiero.

19.

Desceñido el turbante, demudado,
Revuelto el almaizar, con voz turbada:
"Corred, señor, (clamaba acelerado:)
"Desnudad vuestra limpia y tersa espada;
"Esa espada que el mundo ve admirado.
"Una turba en Lucena concertada,
"Un ejército infiel con fiero encono
"Tu poder amenaza, vida y trono.

20.

"No dar paz á la espuela; acorred luego;
"El alcaide cruel de los donceles
"Tus tierras tala presuroso y ciego
"Ambicionando fúnebres laureles:
"Iracundo, insensato, sin sosiego,
"La mesnada conduce; y sus corceles
"Se acercan con carrera estrepitosa
"A turbar vuestra fiesta suntuosa."

21.

Palideció Boabdil confuso, airado:
"Suspéndase el festin, (dijo furioso:)
"A Lucena, á Lucena; (entusiasmado
Clamaba con acento jactancioso:)
"Lo oís? lo oís? ese enemigo osado
"Intenta destruir mi solio honroso:
"Caigamos sobre él: nuestros aceros
"Segarán á sus míseros guerreros."

22.

"Moraima, (repitió:) mi honra ó mi gloria,

"A mi esplendor y á mi poder unida,
 "Harán brillar la célebre victoria
 "Por nuestros fuertes brazos conseguida:
 "Y esa vil multitud, baja, irrisoria,
 "De ficticio valor y embravecida,
 "Hallará en el impulso de mi lanza
 "El terrible blason de mi venganza.

23.

"Sus! Gomeles, Zegríes, á la pelea:
 "Bravos Almoravides y esforzados,
 "Wisires animosos, que nos vea
 "El mundo entero acometer osados,
 "Y fijar nuestra insignia gigantea
 "De Lucena en los muros elevados:
 "Las fiestas suspended; los atabales
 "Anuncien de la lucha las señales."

24.

Y en un potro de Atlas cabalgado,
 Al frente de sus fieros campeones
 De sus fuertes Zenetes rodeado;
 De Hamet y Mussa en rápidos bridones;
 En su almete un airon pajizo alzado,
 Y un broquel do dibuja sus blasones,
 Siguió altivo, resuelto y animoso,
 Ansiando hallar á su enemigo odioso.

25.

¡Cómo es verdad que un pecho ardiente y fuerte
 Que alienta ufano y con valor seguro,
 Que sigue los azares de la suerte,
 Nada le arredra, ni el aliento impuro
 De la terrible y espantosa muerte,
 Ni vé el camino de su fin obscuro,
 Pues su altivez, su esfuerzo y su impaciencia,
 Mantienen su delirio y su demencia!

(Se concluirá.)

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

A Su Santidad el Papa Pio IX:

Horrible tempestad hoy se levanta
 De Pedro amenazando á la barquilla;
 El Infierno sus puertas ya quebranta
 Y en torno ruge á la cristiana silla.
 La Providencia en sus designios santa
 Probar quiere á la Esposa sin mancilla;
 Y el impío, las huestes congregando,
 A sí concita al descreido bando.

Dardos dispara su acerada pluma
 Con flores adornada y encubierta;
 De pérfida doblez llena la suma
 Y á las Naciones dá temible alerta.
 Lobo feroz de rabia arroja espuma,
 A los pueblos su saña desconcierta,
 Y al buen Pastor, que nunca le hizo daño,
 Devorarle pretende su rebaño.

Cual mar embravecido y turbulento
 Todo conspira con audacia loca
 A arrancar del mas santo fundamento,
 A vos, que sois la inaccesible roca,
 Plantada por Aquel, que manda al viento,
 Que el rayo vibra, el huracan sofoca:
 ¡Ay del inícuo, que pretenda osado
 Luchar con ese Dios, que tiene airado!

No temas, no, Pontífice piadoso;
 Si hoy la copa gustais de la amargura,
 Y en vuestro derredor el ominoso
 Baldon de infamia á vuestros piés murmura;
 Si esa Italia, que amais tan cariñoso
 A la voz paternal se ofrece dura;
 Cese vuestro dolor, que aun en el mundo
 Hay quien os rinde amor el mas profundo.

No temais, no, que si maldad estraña
 Os quiere arrebatat las flores bellas,
 Sembrando en vuestros campos la cizaña,
 La mano del Señor sigue sus huellas.
 Y en el jardin florido de la España
 Teje guirnalda, que supera á aquellas,
 Con la palma y laurel de la victoria,
 Que os corone de paz y eterna gloria.

Vuestra pena calmad, pues quiso el cielo
 Que en medio de borrasca tan tremenda,
 Mi patria conquistara el fértil suelo
 Del Africa feroz, en lucha horrenda.
 Su sangre derramando con anhelo
 El cristiano guerrero, que abre senda
 A la luz de la fé, para que un dia
 Seais Vos su Pastor y santo guia.

¡Vos, Padre Santo, de bondad tesoro,
 Timon de la benéfica barquilla,
 Vicario del buen Dios, á quien adoro,
 A cuyo nombre dobla la rodilla
 Todo el humano ser, á quien imploro
 Por Vos con humildad y fé sencilla:
 Vos afligido!!! ¿y con ardiente anhelo
 No os darán vuestros hijos un consuelo?

Sí: Pontífice augusto, en vuestras penas
 Habeis visto mil pruebas respetuosas
 Subir á vuestro trono de amor llenas,
 De adhesion la mas fiel, que presurosas
 Os quieren devolver horas serenas,
 Y disipar las nubes tempestuosas,
 Que la maldad agolpa á vuestra frente,
 Ungida por el Dios Omnipotente.

Recibid entre todas, Padre Santo,
 La que en prenda de amor en este dia
 Con sentida emocion, que surge en llanto,
 Os ofrece obsequiosa el alma mia.
 Duele á mi corazon vuestro quebranto,
 Al Cielo pido os vuelva la alegría,
 Y esos hijos ingratos, que han huido,
 Vuelvan á Vos, su padre el mas querido.

Que el Rey de reyes de su eterno asiento
Os colme de sus dulces bendiciones,
Que vuestro corazon vea el contento:
Estas, Señor, serán mis oraciones.
Que al escuchar el Orbe vuestro acento
Se conviertan á Vos los corazones,
Y la Madre de Dios, Vírgen hermosa,
Os cubra con su manto cariñosa.

Vírgen excelsa, cuya pura frente
Coronan las virtudes celestiales;
Estrella de la gracia refulgente
Al pisar de la vida los umbrales:
Ruega por el Pontífice inocente,
Disipa con tu luz todos sus males:
Que tambien él, de amor el alma henchida,
Te proclamó SIN MANCHA CONCEBIDA.

MARÍA CONCEPCION SARALEGUI DE CUMIÁ.

A CIRO FIELD,

POR LA INMERSION

DEL CABLE ELÉCTRICO SUBMARINO (1).

¡Gloria in excelsis Deo!

Caelo tonantem credidimus Jovem
regnare, præsens divus habebitur
Augustus, adjectis britannis
Imperio, gravibus que persis.

HORAT. *lib. III. od. V.*

Oid, oid! silencio.....
Monarcas, sabios, pueblos, de rodillas!
Gloria á Dios, gloria á Dios en lo mas alto!
De buena voluntad paz á los hombres!
Honor á la metrópoli britana,
Aplausos al saber y la fortuna,
Y salud á la Union americana
De Field, de Fulton y de Franklin cuna!

Oís? victoria! Océano embravecido
En vano encorva las robustas olas
Del mar que azota el mejicano golfo,
Al que brama en las costas españolas
De Gades bella en el torreado muro.
Neptuno en vano el húmedo tridente
Altivo blande en la membruda diestra,
Agitando la atlántica llanura
Y evocando los vientos iracundos,
Para impedir el fraternal abrazo

(1) Esta oda, original del poeta cubano Joaquín Lorenzo Luaces, leída en el Liceo de la Habana por el poeta español José Zorrilla, obtuvo el primer premio en el último certámen literario ó *Juegos florales* de este instituto. El tema de esta oda fué celebrar el fausto suceso de la comunicacion eléctrica de ambos mundos por medio de un cable tendido debajo de las ondas del Atlántico.

Que con gigante lazo
Los pueblos une de encontrados mundos.
Ya la eléctrica sierpe sumergida
Reposa en las entrañas de los mares,
Y toca ya Bretaña encanecida
De la jóven América los lares....
Entre el nuevo y antiguo continente
Del mar tendiendo la insegura via
Naturaleza próvida una ruta
Al navegante impávido ofrecia.
Desconociólo la Ignorancia un dia;
Nególo el Fanatismo.... y pavoroso
El pálido Terror se estremecia
Al contemplar el piélago hervoroso.
Si alguna vez avaros comerciantes
Con alma de mezquinos mercaderes
El mar ignoto á hollar se decidieron,
Sin el ánimo heróico del soldado,
Al rujido del monstruo amotinado
Con mengua del valor retrocedieron.
La ciencia se afanaba
Por aplicar en vaga teoría
De nuestro globo la figura esférica,
Y del orbe faltaba á la armonía
El inmenso volúmen de la América
Que Atlante con sus ondas embolvía;
En tanto que las ondas impacientes
Con el Tajo á la mar tributos rinde.
A las salobres aguas se juntaban
Y unidas por las rápidas corrientes
Del Anahuac las tierras saludaban.

Mas fué Colon! sus bravas carabelas
El furor del Océano domeñaron
Y los lucayos puertos abrigaron
Las españolas atrevidas velas.
Abrió el ilustre genovés piloto
Al comercio del mundo otras regiones,
Y preparó surcando el mar ignoto
La fraternal union de las naciones.
Pero el rebelde Ponto amenazante,
Siempre irritado con furor bramaba
Y, terror del esperto navegante,
Un abismo á sus plantas desplegabá
Que los dos continentes separaba....
Vino Fulton! su diestra poderosa
Lanza el vapor al devorante abismo.
Domina audaz el viento,
Enfrena el monstruo que feroz se agita,
Del tardo Tiempo el vuelo precipita;
Y rápida, cual sueño de ventura,
La Saranac intrépida devora
En breves dias la distancia inmensa,
Del ronco viento, y de la mar señora.
Al verla, los altivos moradores
De la celosa Albion se demudaron,
Y las distantes, extranjerías playas
Con un grito de amor se aproximaron.
En fin, y mas que todos venturoso,
FIELD atrevido, con la ciencia armado,
La cadena gigante
Lanza de Erin á Terranova osado,
Y de Valencia á Trinidad distante

Escrita apenas, la palabra llega.
 Al esfuerzo triunfante
 El Espacio y el Tiempo suprimidos
 En su inflexible despotismo cesan....
 Ya el mundo de sus leyes se emancipa!
 La Europa con la América se abraza!
 Mas no; mentí!.... Mayor es el prodigio.
 No hay América ya, ya no hay Europa:
 No hay pueblos diferentes;
 Unas las gentes son, una la raza,
 Uno solo y no mas los continentes....
 Si el mar los separó, FIELD los enlaza!
 Mas no fué sin luchar; que Dios tan solo
 Al ;*Hágase!* fecundo
 Del seno pudo de la noche umbría
 Hacer surgir el luminar del día.

Pero los hombres pueden
 El triunfo asegurar con la constancia
 Cual tú, valiente FIELD, que en tu arrogancia
 Del Océano las iras desafiaste,
 Y por vencer el mofador sarcasmo
 Tus fuerzas y tesoros prodigaste.
 Miradle, pueblos; aplaudid, naciones!
 Pensó, luchó, venció!.... Los temerosos
 En confusion trocada la jactancia
 Unen su ofrenda al nacional trofeo;
 Y saludan, con alma reverente
 El lauro que el saber y la osadía
 Del sabio ciñen á la noble frente.

En dos años dos veces te miramos
 Luchar con el destino inexorable.
 Dos veces tu desgracia deploramos
 Vencido el Genio, destrozado el cable.
 Resistir infructuoso! La materia
 En vano en tu constancia se oponía.
 Cada nuevo desastre te animaba
 Y nuevas armas á tu fe prestaba
 Con que todo á tu aliento sucumbía.
 La vez postrera.... á tu sonoro acento
 El eléctrico alambre se escondía
 Y al encendido Oriente
 Y pálido Occidente
 Como el rayo flamígero corria,
 Los palacios de Tétis visitaba
 Y á las opuestas playas se acercaba....
 Llegó por fin, llegó! de lo profundo
 Incólume surgió.... Cielos, victoria!
 Oh triunfo digno de eternal memoria!
 Cumplida está la comunión del mundo!

Heredera de Albion, hija de Washington,
 Y tú, Britaña, de la mar señora,
 Vosotras fuísteis para gloria eterna
 Columnas graves de la empresa ilustre!
 Los hombres, los tesoros, los navíos,
 Con generosa mano prodigásteis
 Y dignas fuísteis del laurel frondoso
 Con que altivas las frentes coronásteis.
 Los eléctricos signos ya conduce
 Esclavizado el borrascoso Atlante,
 Y al grito que en el Támesis resuena
 Responderá Mississipi gigante.

América lo ha visto orgullecida!
 Solemnizando de la ciencia el triunfo
 El trueno del aplauso,
 De palmadas y vítores nutrido,
 Aun el eco en Europa dilataba,
 Y ya, por la corriente conducido,
 En tus vírgenes bosques resonaba.

Unido el mundo está! Ya las naciones,
 Por el poder magnético ligadas,
 Se agrupan en legiones
 Al banquete social aparejadas.
 Aunque rujan las olas sublevadas,
 Aunque perezcan en comun naufragio
 Las naves todas que á Neptuno oprimen,
 Quedarán las naciones congregadas.
 Será en vano que el mar oponga hirviente
 Al progreso sus líquidas barreras,
 Que al paso de la rápida corriente
 Se abrirán con aplauso las fronteras.
 Las doctrinas del sabio venerable
 El orbe inundarán de polo á polo,
 La Guerra al Orco bajará ruiendo,
 Ilustraráse el pueblo embrutecido,
 Y elevará la profanada frente
 El pária en la ignominia sumergido.

¿Qué gloria comparable habrá á tu gloria,
 Gigante americano? ¿Puede el hombre
 Hallar en sus anales
 Quien, eclipsando el brillo de tu nombre,
 Pueda lucir tus timbres inmortales?
 ¡Ciro, Cambises, Alejandro, César,
 Pasad con vuestros carros y corceles
 Que de cien pueblos la cerviz hollaron!
 ¡Pasad; vuestros estériles laureles
 El incendio y la muerte marchitaron!
 Pero no los de FIELD. Ellos florecen,
 Y sin llanto ni sangre reverdecen....
 Vedlo si nó! con diestra inmaculada
 Del sabio ilustre conquistando el solio,
 Ha subido al moderno capitolio
 Laureado y solo, sin pavés ni espada.

Predestinado FIELD, tu nombre augusto
 Por la estension del orbe se derrama;
 Y América, radiosa de entusiasmo,
 Por hijo predilecto te proclama.
 La Union, solemnizando tu victoria,
 Al templo te conduce de la Gloria,
 Y ha consignado tus heroicos hechos
 En sus veraces páginas la historia.
 En fiesta nacional tus compatriotas
 Honrándote, se honraron....
 Los hombres, los donceles,
 Los ancianos, los niños, las matronas,
 Soldados, sacerdotes y oradores,
 Tus pisadas cubrieron de laureles,
 De palmas, de coronas,
 De verdes ramos y olorosas flores.
 Los vivos, las palmadas
 En la celeste bóveda morian,
 Y del pueblo entusiasta las oleadas

Tu cortejo triunfal interrumpian:
De noble palidez cubierto el rostro
Tu heróico pecho se espació arrogante,
Y con la fiesta popular gozabas
Al aplauso del pueblo americano.
Al rumor de festivo clamoreo
Arrastrando al vencido soberano
Del pueblo rey en la oblacion gigante,
Gozaba menos triunfador romano.

La rebelde á los hombres,
La no domada, audaz naturaleza
Que fascina tus ojos,
Te mira, gime, inclina la cabeza
Y esclama prosternándose de hinojos:
"El hombre es digno del augusto cetro
"Con que rije los ámbitos del orbe;
"Que á la imágen de Dios sobre la tierra
"El mundo altivo la cerviz encorve."

De tu gloria pacífica disfruta,
FIELD inmortal, el merecido premio;
Nada interrumpa tu brillante hazaña;
La gratitud del hombre te sublima;
La bendicion del Cielo te acompaña.
Goza, Genio del bien, goza del triunfo
Que con divino esfuerzo has conquistado.
Tu nombre ilustre vivirá en el bronce,
Y en el mármol y en el oro eternizado.
El mismo Dios desde su trono augusto
A tí baja los ojos celestiales;
Y, agitando la diestra omnipotente,
De su gloria con rayos inmortales
Un círculo de luz pone en tu frente.

JOAQUIN LORENZO LUACES.

LA NOCHE DE LA BODA.

Fantasia libremente traducida del francés.

I.

—¿Sabes, Emilia, lo que son juramentos de amor?

—Lo sé, Ricardo, pero sé tambien lo que es el poder de un padre.

—Recuerdas aquellas deliciosas horas en que junto á los sauces....

—Ah! las recuerdo. No las olvidaré. Cuánto te amo!

—Con que está decidido. Cuándo es la boda?

—Mañana.

—Amas á tu esposo?

—Me caso con él.

—Bien puedes casarte sin amarle; puesto que me amas y no te casas conmigo.

—Qué palabras tan crueles, Ricardo!

—Y las tuyas, Emilia, qué engañosas!

—Un dia me digiste: "Pídeme mi alma, mi vida, y la tendrás, Emilia."

—Otro me decias tú: "¿Quieres, Ricardo, mi corazon y mi mano? Tuyos serán."

—Contaba sin mis padres.

—Y yo sin tí; sin tu veleidad.

—Mi padre nos separa.

—Dios nos mira.

—Jamás!

Y Emilia, la bella olvidadiza, se cubrió el rostro, dejó caer la cabeza sobre el pecho y rompió á llorar.

Una lágrima abrasadora cayó en la frente de su triste amante, que suspiraba debajo de la ventana. Ricardo recogió con afan la perla desprendida de aquellos ojos negros, y vencido por el sentimiento y el amor, díjola con dulzura:

—Para qué me mandaste venir aquí?

—Para cambiar nuestro último adios.

—Adios, pues, Emilia.....

—Y para pedirte además mi anillo de oro.

—Única cosa tuya que me queda.

—Cuando niña te le dí; cuando mujer te le pido.

—La mujer es muy *prudente*, no lo era tanto la niña.

Emilia no supo que contestar y tendió la mano ahogando un suspiro.

—Toma, dijo el galan, levantándose sobre la punta de los piés, introduciendo las manos por las barras de la ventana, y colocando el anillo en el dedo de su amada.

—Tienes un gran corazon, Ricardo.

—Te amo.

—Aun queria pedirte otro favor.

—Pide.

—Se habla mucho de nosotros. Demasiado quizá. Es necesario que asistas á mi boda. Estarás alegre, reirás y se verá que no me amas.

—Eso nunca.

—Te lo juro.

—No lo conseguirás: nunca! nunca!

—Te lo suplico.

—Qué has dicho?... Iré.

—Gracias, querido Ricardo.

—Concédeme á tu vez una gracia.

—Pide.

—Un wals.

—Cuál?

—El primero despues de la media noche.

—Concedido.

"Emilia, Emilia, gritaba una voz dentro de la casa, dónde estás?"

—Aquí.... Adios, adios, amado Ricardo.

La mano blanca de la desposada envió un saludo cariñoso al doncel. Este lanzó una mirada sobre la sombra de mujer que en el parque se ocultaba. Luego aparecieron luces por todas las habitaciones, se cerraron las ventanas y quedó á oscuras el palacio del conde de Acuaviva, padre de la hermosa Emilia.

Ricardo, cabizbajo y ensimismado, atravesó el puente del rio, siguiendo las frondosas riberas del Ebro, festonadas de guindos y albaricoqueros y se dirigió hácia una isleta que la corriente formaba,

ciñéndola con sus brazos á manera de canastillo henchido de flores y verdura.

Emilia destrenzó sus sedosos cabellos, consagrando el último pensamiento al tierno recuerdo de sus amores, ahogó los latidos del corazón y trató de dormirse; pero el sueño huyó de sus párpados. Una tras otra contó las horas de la noche que daba el grave reloj de Sta. Margarita. A las doce pareció oír un suspiro cerca de sí.

Es el viento que azota los árboles, creyó Emilia. Y era el viento de un *ay* que en alas de la brisa traía la noche serena, despertando las flores que medio cerradas, dormían en sus flexibles tallos.

Fatigada la doncella, durmióse al amanecer.

II.

La noche desapareció con sus negras tocas; la bruma fina y ligera rodaba sobre el verde césped; las veletas de Sta. Margarita giraban suavemente á impulsos del céfiro blando; hería el sol con sus dorados rayos las almenas del palacio y mil voces argentinas elevaban las campanas desde lo alto de las torres, anunciando la venida del rey de los astros, mientras zumbaban las afanosas abejas sobre la flor cenicienta de los romerales.

Unos van y otros vienen en la morada de Acuaviva. Los criados atravesaban precipitadamente de cámara en cámara: piafaban en el patio los caballos. En el dintel de la puerta entonaba una orquesta dulcísima diana. Cualquiera hubiese pensado que todos los habitantes del palacio iban á casarse, según lo placenteros que estaban.

La novia apareció pálida como todas las novias, en día tan solemne. Dionisio se dirigió hácia ella saludándola con amable sonrisa.

—El ramillete nupcial, querida mía, la dijo.

—El ramo, mi bien, contestó Emilia, se me ha olvidado.

—Aquí le tienes. En el jardín de mi padre le recogí yo antes que el sol viniera á marchitar las flores. ¿Quieres verle?

Dionisio llamó, y un paje vestido de blanca librea presentó á la jóven una caja de ébano con embutidos de plata.

—Ábrela, repuso el novio, alargando una llave de oro.

Abrió el cofrecito la novia con temblorosa mano y en lugar del ramillete halló solo tres flores: una primavera, una verónica y una siempreviva, que en el simbólico dialecto de las flores significan, *esperanza, fidelidad y constante amor*.

Emilia se sorprendió al pronto, mas al fin tomó las flores y ciñóselas á la cintura.

Un hermoso caballo blanco, primorosamente enjaezado, con silla de terciopelo y mantilla de grana bordada en oro, se divisaba á lo lejos entre los árboles fronterizos al palacio. Sobre él cabalgaba un jóven gallardo, cuyo rostro ocultaba el ala del chambergo, fijos los ojos en la puerta principal de la casa de Acuaviva.

A poco rato púsose en marcha el cortejo nup-

AGOSTO.

cial desplegando régia pompa á lo largo de las riberas del río. Emilia no pudo ver al ginete que los atisbaba. Cuando el acompañamiento subía la colina en que se levanta modestamente la antigua ermita del desierto, oyó galopar un caballo, pero temiendo encontrarse con Ricardo, continuó su camino sin atreverse á volver la cabeza.

Entraron los novios en la iglesia de Sta. Margarita, precedidos de nobles amigos que se esparcían por las anchurosas naves colgadas de soberbios tapices y alfombradas de rosas. Entonaron los coros alegres villancicos, y el órgano secundándoles, ya sonaba fuerte como el trueno, ya suavemente, remedando el suspiro.

Al tiempo que el sacerdote se adelantó para bendecir á los desposados, Emilia volvió la vista hácia la nave lateral.

—¿Qué haces? le preguntó su mamá. Es necesario que no mires á nadie.

—¿Quién es, repuso la hija, aquel jóven vestido de luto que está de rodillas junto á la segunda columna?

—A ninguno veo, como no sea la estatua del condestable; pero atención, que te toca responder.

—Emilia de Acuaviva; ¿aceptais por esposo á Dionisio de Campo-verde?

—Sí, respondió Emilia, con tan débil acento que casi comprendió el sacerdote el sacrificio, y entendió una rápida mirada hácia el pilar. El jóven había desaparecido.

—Me habré engañado, dijo para sí; mas luego se apercibió de que en su cintura faltaba la primavera, la flor de la esperanza.

III.

Fiesta deslumbradora: suenan los brindis por todas partes: grandes jarrones de flores y frutas adornan las mesas: ciervos y faisanes con doradas plumas, circulan en vajillas argentadas: chispea el licor en las copas: todo es algazara y bienandanza.

En una antiquísima copa esmaltada de vivísimos colores que figuraba el altar de Himeneo, llena de *lágrima Christi*, brindaron los padres y los convidados después, por la felicidad de los recién casados. Llegó al novio esta copa tradicional, quien se la ofreció á su jóven esposa, para que antes gustase de ella. Apenas puso Emilia en el borde su rosada boca, quedó vacía la copa, como si un bebedor invisible la hubiera antes apurado. Trémula apartó los labios ¿qué vió en el fondo? no se sabe; solo sí, que poniendo el dedo en la boca volvióse á los convidados con un gesto que decía: "Silencio, nadie la mire."

—Nada mas que una gota para mí, exclamó Dionisio en tono de tierna réplica. La beberé en otra copa vacía.

—La novia no tiene mas que una flor del ramo, gritó una voz entre la muchedumbre.

Con efecto, de su cintura había desaparecido la verónica, la flor de la fidelidad.

IV.

Vino la noche: abandonaron los huéspedes el comedor, y la perfumada esperma vertió su claridad en los salones desde altos candelabros bronceados.

Dos pajes, altos como gigantes, inmóviles como rocas, con una antorcha de encina en la diestra mano, levantaban los tapices de las puertas con la izquierda, mientras la orquesta con sus preludios invitaba á bailar. Todos admiraban las gracias de Emilia, su vaporoso traje, sus armoniosos movimientos, su talle obediente á la ley del compás. A un pájaro semejaba, deslizándose el diminuto pié sobre mullida alfombra. Todos la admiraban y la creían dichosa. Ella de tiempo en tiempo, con demasiada frecuencia, arrojaba furtivas miradas á la puerta y á la mano del reloj que en una caja de ébano movía un péndulo de oro.

El baile estaba en su apogeo. Nadie sino la novia, y acaso el novio, se acordaban de que era cercana la media noche. Preludiaba la orquesta un wals. Tres caballeros se adelantaron á pedir la mano de Emilia.

—No puede ser, contestó sucesivamente; con vos, ni con vos, ni con vos, ni con nadie; estoy comprometida.

Miró al horario la desposada, nadie parecía. Los jóvenes se retiraron. Sonó la primera campanada de las doce: los ojos de Emilia se animaron con inusitada espresion; vaga y dulce sonrisa brotó en su boca: sonrisa y mirada no de mujer, sino de ángel que miraba al cielo.

La novia se puso en baile. En vez de fatigarse, como otras, nuevas fuerzas encontraba al fin de cada vuelta. Todas las parejas se pararon rendidas, y ella aun continuaba bailando; su vestido flotaba y descubría un pié elegantemente calzado con raso y hebillas de pedrería; el aire se perfumaba cruzando por entre sus negros cabellos; apenas tocaba el suelo en tiempos iguales con el talon, y su cabeza inclinada hácia atrás y sus ojos entreabiertos revelaban un dulce éxtasis.

Ninguno se atrevió á interrumpirla. El esposo hizo una señal á la orquesta para que poco á poco fuese apagando la voz de los instrumentos hasta extinguirse completamente. Emilia volvió entonces á su asiento: antes de sentarse hizo una profunda reverencia.

Habia bailado sin que nadie le ofreciese la mano al levantarse del sillón, dando vueltas sola en armonioso torbellino, el brazo izquierdo estendido como si estuviera apoyada en la espalda de un caballero invisible, inclinándose hácia él ligeramente el cuerpo, la mano derecha tendida hácia adelante y como abandonada á la dulce presión de otra mano amiga, así como la hija del aire y de la fantasía pasa sin doblar los juncos de las lagunas.

—¿Por qué has bailado sola, amor mio, habiéndote invitado tantos caballeros? la dijo Dionisio.

—Sola! Pues qué, ¿no he bailado con aquel caballero de ropilla negra y chambergo con plumas de igual color?

—¿Dónde está que no le veo?

—Ahí bajo, junto al espejo. Si nos está mirando!

—Es extraño.... yo no le veo.... nadie le ha visto.... Cómo se llama?

—Se llama Ricardo, contestó Emilia ruborizándose.

—Ricardo? Tú deliras!

—Sí, Ricardo, mi amor, mi bien.

—Pero si Ricardo ha muerto!

—Ha muerto? cómo? cuándo?

Ayer á media noche le encontraron cadáver unos pescadores entre los árboles de la isla.

Emilia bajó la cabeza y vió que de su cinturón faltaba la siempreviva, la flor de la constancia.

—Ah! murmuró con una sonrisa convulsiva. Ricardo ha muerto!.... dejadme morir....

Y cayó espirante en brazos de Dionisio.

B. DEL BARCO.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

POR

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Gula Templanza.

Dedicada al Excmo. Sr. D. Fernando Rubin de Celis.

CUARTA PARTE.

(CONTINUACION.)

II.

LA SÍNDICA

"La jeunesse est charmante on y aime à voir le ciel,
Les fleurs et les oiseaux, les brumes,
les antels,
Les enfants, les amours."

R. A.

Pocos momentos despues de la marcha de Pedro, Elena se dirigió aceleradamente á casa de su tía temiéndose una buena reprimenda, pues con la despedida se habia pasado ya la hora de costumbre.

Elena no se engañaba; la Soberana la recibió con mil denuestos, apostrofándola rudamente por haberse detenido á despedir al pescador.

—Pero, madrina! repuso dulcemente Elena; ¿qué hubiera dicho la pobre Relumbranta?

—La Relumbranta, eh! pues digo! la inocente! y por la Relumbranta te da á tí la pena! ni mas ni menos éramos las doncellas de mi tiempo, que en viendo, aunque fuese de lejos, unos calzones hacíamos la señal de la cruz! Y si nó dígalos mi difunto (que Dios haya) que el dia que me casé lloré mas

lágrimas que el mes de Abril....! Ya se vé! como que siempre quedamos en el mundo algunos tontos mantenedores de holgazanes, y como,

Que toques bien,
que toques mal,
los tres panecillos
no te han de faltar:

ahí está el quid; que si tú tuvieses que ganarte el pan con el sudor de tu rostro, no andarias tan descarriada con esos cortejamientos.

Elena bajó los ojos avergonzada, y se sentó en el banquillo con las mejillas encendidas como una granada.

Su dignidad era tal, que no creyó deber responder á las bajas acusaciones que jamás habia merecido.

A los pocos momentos, y como si el cielo hubiese querido en aquel dia poner á prueba su bien probada paciencia, monseñor, que desde el dia de la cuestion con Joaquina no habia puesto los piés en la escuela mas que para visitar al señor cura, apareció de repente en el umbral de la puerta, saludando á la Soberana con una sonrisa, y recorriendo al mismo tiempo con su mirada escrutadora todo aquel ejército de criaturas en su mayor parte sucias y desgreñadas.

Rodrigo estaba como siempre simpático y hermoso; pero una ligera tinta de tristeza prestaba á sus facciones un encanto de los mas seductores; y su voz ligeramente alterada, no parecia ya formada para el epígrama y la burla como de antemano.

—Monseñor! exclamó Joaquina dirigiéndose hácia la puerta como para obligarle á dirigirse al comedor; "al cabo de los años mil, vuelven las aguas por donde solian ir." El corazon me dice que por hoy no viene V. S. á ver al señor cura. ¡Gracias á Dios que vuelve V. S. á recordar que no me han enterrado todavía!

—Ciertamente; respondió Rodrigo esforzándose por tranquilizar su voz y apoyándose en el umbral de la puerta con una especie de fatiga; hoy me encuentro triste, Joaquina, y vengo á que disipes con tus chistes y tus epigramas el mal humor, el incomprendible hastío que me devora.

—Mal humor! tristezas V. S.! exclamó con naturalidad la Soberana. Ah, monseñor! ó V. S. me engaña, ó se quiere acabar el mundo.

Rodrigo fijó en la antigua y leal camarera una mirada profunda que no dejaba duda alguna de la veracidad de sus palabras.

—Bien, muy bien, monseñor.... creeremos á ciegas todo lo que V. S. quiera: pero vamos á ver, ¿ha visto V. S. marchar los de la leva?

—No es *leva*, Joaquina, respondió Rodrigo con dignidad; la leva lleva tan solo á los vagos y mal entretenidos; la convocatoria se lleva los hombres honrados

Elena levantó la vista y fijó en monseñor una mirada de gratitud....

—Yo creia que la leva se llamaba siempre *leva*, y los que marchaban á servir, los *galeotes*.... Allá se ha ido con ellos el de *ésta*, añadió señalando á

Elena con el mas refinado cinismo; y gracias sean dadas al Santísimo Cristo porque á lo menos no tardará las horas muertas en venir desde su casa á la mia.

Las mejillas de Elena se cubrieron de un vivísimo carmin, en tanto que el rostro de Rodrigo se habia quedado pálido como el marfil.

—Mucho miedo y poca vergüenza, monseñor; continuó la Soberana reparando en los colores de su sobrina; ¿y para eso queria la gaviotilla aprender á escribir, cuando, como decia el señor conde.... "para las hembras de cierto temple...."

—Sí, sí, respondió Rodrigo interrumpiéndola y dejando brillar sobre sus labios una sonrisa irónica; conozco muy bien el proverbio que ha inventado mi padre, y que no va ciertamente con las gaviotas, Joaquina.

—¿Quiere V. S. pasar al comedor á tomar un vaso de leche? dijo la Soberana, queriendo dar otro giro á la conversacion y mordiéndose ligeramente los labios.

Rodrigo pasó al comedor y se dejó caer en el canapé con una indiferencia que no pudo menos de sorprender á la camarera.

Convencida ya de que monseñor se encontraba realmente de mal humor, Joaquina le sirvió un vaso de leche, tomó su calceta y se sentó á su lado refiriéndole todas las historias que circulaban en el pueblo, y entre ellas la de que un oficial que acababa de llegar de Oviedo y que se hallaba hospedado en casa del alcalde, galanteaba á madama Listones y á la Escribana como un desesperado.

Rodrigo la escuchó al parecer con curiosidad, y levantándose de repente como herido de una idea súbita, se despidió afectuosamente de Joaquina, que se levantó para acompañarle hasta el umbral, como de costumbre.

Al pasar por delante de la puerta de la escuela, Rodrigo arrojó á los niños algunas monedas de cobre, á pesar de las amonestaciones de Joaquina que se oponia á toda expresion de caridad.

Los pobres niños medio desnudos se arrojaron ávidamente sobre las monedas, en tanto que Elena confusa y avergonzada no se atrevia á levantar los ojos de su costura.

Elena pasó toda la mañana presa de un mal estar increíble, que poblando de visiones estrañas su poética imaginacion, concluia siempre por hacerla tornar su pensamiento hacia el pobre y honrado pescador como hácia un faro que la iluminaba en la tenebrosa noche de su oscuro y tormentoso porvenir.

Pero es tan hermosa la juventud! tan variados sus ensueños! tan pasajeros sus dolores! tan deslumbradoras sus esperanzas!

Elena no se apercibió siquiera de que sus párpados se secaban, de que su pecho cesaba de lanzar gemidos dolorosos y de que su imaginacion volaba de idea en idea, como la mariposa de flor en flor buscando nuevas dichas y nuevos aromas.

Cuando salió al anochecer de casa de su madrina, el pensamiento que mas le preocupaba era el de cómo conseguiria procurarse el recado de escribir

pensamiento que en aquel instante la habia hecho olvidar de la repentina marcha de Pedro.

Al atravesar apresuradamente la calle Corrida para poder llegar á su cabaña antes que se hiciese mas tarde, Elena percibió muy cerca de sí una voz que misteriosamente decia.

—Chist! Chist!

Elena segun su costumbre ni siquiera volvió la cabeza.

—Chist! Chist! repitió la misma voz á espaldas de la hija del pescador.

Elena continuó su camino con mas rapidez aun.

—Eh!.. Lena!.. qué vá contigo!.. Eso, eso! hazte la tonta como la Mayorazga, que cuando en sus verdes años la chistaban los mozos, respondia sin volver la cabeza: "Yo no me llamo chist... chist... que me llamo Ramona Inland."

Entonces Elena que acababa de reconocer en quien así la hablaba, una voz amiga, retrocedió unos cuantos pasos y alargó la mano á la Síndica, que sentada en el umbral de su puerta con su acostumbrada pachorra, hilaba como siempre á mas y mejor.

Pepita la Síndica, hija de la tabernera de la Formiga (1) era una mujer como de cuarenta y cinco años; baja, rechonda, bigotuda; una de esas fisonomías de mari-macho que encontramos con bastante frecuencia entre las mujeres de la última escala social, mujeres que se embriagaban con tanta frecuencia como los hombres mas dados á este repugnantísimo vicio, que llevan las puntas de los dedos quemados del cigarrillo, que salpican sus atrevidas frases de vigorosas y deshonestas interjecciones, que andan por calles y caminos solas á la media noche con el mayor desparpajo y que son enemigas irreconciliables de la subordinacion y del agua fria.

Pepita, debia su diminutivo á sus célebres correrías por Extremadura, adonde se habia escapado en sus buenos tiempos con uno de sus novios á quien habia tocado la suerte de soldado.

Abandonada villanamente por aquel, volvió al cabo de algunos meses de ausencia á su villa natal, enarbolando un abanico de palo y hablando con un acento andaluz tan afectado como mal fingido, ni mas ni menos, que lo que acontece con esos dichos mortales que huyendo del calor, salen de Madrid por la puerta de Segovia, ó de Bilbao, plantan sus tiendas de verano en Aravaca ó los Carabancheles y entran dos meses despues hablando francés y refiriéndonos con el mayor desenfado la antipatía que inspira á los españoles las nieblas de la ciudad imperial.

"Que roe tardo y cenagoso el Sena." (2)

Pero es el caso que la malhadada excursion de Pepita, fué para ella, lo que llamaríamos hoy "el bautismo de la civilizacion," y que los sencillos habitantes de Candás, acogieron con tal entusiasmo

á la nueva andaluza, que no hubo Sanmartino (1) donde ella no fuese á hacer sus morcillas extremeñas, ni boda que no se festejase á estilo de Talavera de la Reina.

Pepita tuvo desde luego voz y voto en todas partes, desde la cabaña de la mas humilde pescadora, hasta los encumbrados salones del palacio de Solís.

Los dos meses de correrías entre la soldadesca habian hecho de Pepita una mujer "de mucho mundo" y tanto agradaron á la señora Mariscalá sus anécdotas, su descarada despreocupacion y sus morcillas extremeñas, que no tardó en arreglarla casamiento con uno de sus criados, bonachon como él solo, aunque gran devoto de Baco y para el que la señora obtuvo de las comunidades de Oviedo la comision de vender los hábitos viejos para mortajas y las bulas de difuntos; comision que como hemos dicho antes llevaba consigo el título de "Síndico."

Pepita tenia derecho á tutear á todo el mundo, á penetrar descaradamente hasta el último rincón de la casa mas desconocida y á mezclarse en todas las cuestiones y asuntos de la vida privada de las familias, erigiéndose desde luego en árbitra de las partes y consiguiendo con su inconcebible atrevimiento, que hasta la señora Mariscalá depusiese para con ella en muchas ocasiones la rigurosa etiqueta que hacia observar inflexiblemente á todas las personas que la rodeaban.

Al ver á Elena que se acercaba sonriendo, la Síndica colocó el huso en el rogador y alargó familiarmente ámbas manos hácia la de la jóven que estrechó alegremente entre las suyas.

—Ay, Lena! y qué calentura tienes en las manos! exclamó mirándola de hito en hito. Vamos, vamos! No bajas así la cabeza, que todos sabemos lo que cuesta la primera separacion... pero no vayas ahora á morirte de tonta... no por cierto; que aunque no se me pasaria por mientes interesarme contigo en el asunto de la mortaja; no son tus años para pensar en tristezas y misereres... Pedro era un pobreton que no echaba un trago como no fuera la noche de la Hoguera del Cristo, pero... lo que Dios hace está bien hecho... y sigue mi consejo; á rey muerto rey puesto.

—No comprendo lo que quereis decir, señora Pepita, dijo Elena fijando sus grandes ojos negros en su locuaz interlocutora.

—Ya lo creo que no lo comprenderás... ni yo tampoco, ni el mesmísimo señor cura.... exclamó el Síndico que acababa de llegar de Peram con la caña de pescar al hombro y la costera vacia; en desatándose la lengua de mi costilla...

—Y como que tú no eres persona, ni cosa que lo valga, sino un tonel sin fondo, replicó Pepita soltando la rueca y poniéndose en jarras con aire amenazador; y como que de lo único que tú entiendes es de sí la sidra "que se hecha" (2) esta noche

(1) Formiga es una casita especie de cantina que hay en lo alto de un cerro en el camino de Candás á Gijón.

(2) Zorrilla.

(1) Lllaman en Asturias Sanmartino á lo que en Castilla dicen Matanza.

(2) La sidra ó vino de manzana se guarda en grandes toneles ó barricas de madera. La primera que

segun mis noticias en el famoso chigre de "Las Figanes" (1) tiene panizal (2) y levanta espuma (3).

—Eh! eh! exclamó el Síndico tomando apresuradamente de nuevo la caña y el cestillo de pescar que acababa de dejar en aquel momento. "Cuando uno no quiere, dos no barajan" y yo soy... muy amigo... muy amigo... muy amigo...

Y sin concluir su frase tomó el buen Síndico el camino de "Las Figanes" iluminado por los sendos vasos que ya llevaba entre pecho y espalda y paladeando en lontananza los que le aguardaban.

—¡Allá te lleven dos mil... dos mil de á caballo! exclamó la Síndica con una sonrisa bestial; y alargando á Elena una tajueta para que se sentase. Si no puede con la mirla que lleva!

—Gracias, Pepita, dijo Elena señalando con la vista aquel asiento de los tiempos primitivos, es ya muy tarde y no puedo detenerme mas.

—Cómo que no? exclamó Pepita, empujándola hácia dentro del portal?... conque despues de haber-te estado esperando toda la tarde...

—Me aguardábais? y para qué, señora Pepita? preguntó cándidamente Elena.

—Chist! chist! exclamó la Síndica arrastrándola hácia el cuartito que constituia toda su vivienda!... vamos, adentro hija mia, que no parece sino que las paredes oyen; y no tengas pena porque toquen á las oraciones, que ya que ese Barrabás á de pasar la noche en "Las Figanes", iré yo contigo á dar el *pésame* á la Relumbranta.

—Pero qué teneis que decirme, señora Pepita? preguntó Elena de nuevo, luego que hubieron entrado en la alcoba.

—Pues es el caso, dijo la Síndica sentándose con Elena sobre su empavesado lecho nupcial; que como el pescador de caña, mas come que gana, y que estos arrastrados de difuntos andan tan escasos que para morir, tiene uno que echar memorial, y casi siempre sale negado... he tenido que tomar otro oficio para tener un pedazo de boroña que llevar á la boca.

—Un oficio! dijo Elena sin poder comprender el objeto de toda aquella paráfrasis.

—Sí, Lena! para no morir de hambre he tenido que meterme á remendedera. (4)

—Yá! exclamó bostezando Elena... pero Pepita; vamos pronto, que ya el cielo se vá cubriendo de estrellas y mi madre...

—"Date á paciencias y morirás santa!" pues no parece sino que tienes en el cuerpo los enemigos!...

se extrae del tonel es la mas apetecida por los bebedores, y llaman "echar una pipa", cuando se estrena alguna de ellas, á cuya fiesta se avisan y concurren los aficionados.

(1) "Las Figanes" las higueras, ventorrillo en el camino de Gijón á Candás.

(2) "Panizal" granitos blancos producidos por la fermentacion y por los cuales miden los bebedores los grados de fuerza de la sidra.

(3) Cuando al echar la sidra en el vaso levanta espuma es considerada como de la mejor.

(4) Revendedora.

Ahora vamos; en cuanto veas una escribanía que me han dado á vender.

—Una escribanía! exclamó Elena con alegría sentándose de nuevo sobre la cama!... Veamos, veamos, señora Pepita; encienda vuesa merced el candil... Es muy hermosa esa escribanía?... Es muy cara?

Y los ojos de Elena brillaban en la oscuridad como dos hermosísimos luceros.

—Hermosa! vaya si lo es! como que pertenece á una casa antigua! respondió Pepita encendiendo el candil con una pajuela... cara... no es muy barata que digamos... pero yo tengo que mandar coser unas cuantas camisas para el Síndico y todo se compon-dria, que tambien se compuso lo de Capa-Rota y le ahorcaron!

Y Pepita sacó de su arcon una gran copa de bronce, á cuyos lados habia dos castillejos que formaban la escribanía, y cuyo trabajo estaba ejecutado con una delicadeza exquisita.

Todos los pesares de Elena, todos los tristísimos pensamientos que habia hecho brotar en su cerebro la partida del pescador, se disiparon á la vista del mas dorado de sus ensueños, de la mas elevada de sus ambiciones, como las nieblas que la noche condensa sobre las márgenes del rio desaparecen al primer rayo de sol, dejando ver el hermoso azul del cielo reflejado en sus aguas cristalinas que le sonrien.

Juventud! juventud! siempre el filósofo se afanará en vano por comprender tus misterios, tus inespliables enigmas, tus contradictorias anomalías, y concluirá por persuadirse de su lastimosa impotencia, de su incomparable nulidad.

Desde el momento en que Elena fijó los ojos en aquel objeto tan codiciado, en aquella joya de escultura, verdadero modelo artístico que la deslumbraba con su belleza, todo su pensamiento se enderezó al mejor medio de adquirirla, aunque para ello hubiese de esclavizar sus manos á la Síndica por la mitad de su vida.

En el momento de abrir la boca la pobre jóven pensó en su miserable situacion, en las necesidades de la pobre ciega, en los deberes que la gratitud la imponia para con la infeliz Relumbranta, y se estremeció recordando que la adquisicion de la escribanía iba á imposibilitarla para poder atender por mucho tiempo á sus mas inminentes compromisos.

Despues de luchar algunos instantes consigo misma, Elena dominada por el deseo de poseer aquel objeto tan bello, antepuso el placer que iba á experimentar á todas las demás consideraciones, y alargó la mano hácia la escribanía con el afan de un niño que ve ya delante de sí el juguete por mucho tiempo deseado.

La Síndica, que como ya hemos dicho, era una mujer muy leida y muy ducha, desde la época de sus viajes ilustrados por Estremadura, disputaba palmo á palmo el terreno, y cuando ya hubo logrado en el cambio mucho mas de lo que se hubiera atrevido á proponer, tomó su rueca, cerró cuidadosamente la puerta, y colocando la pesada llave entre la cinturilla de su basquiña de lana, emprendió

con Elena el camino de la playa, desatándose en denuestos contra el Síndico y ponderando la vida de la soltera que puede hacer de su capa un sayo.

Elena ocultó la escribanía entre su pañuelo de algodón, y tomando con la otra su cazuela de sobras, gastó la mayor parte del camino en recomendar á la sagaz Pepita el interesantísimo secreto, que merced á la ceguera de la Polvorosa, podría permanecer oculto mientras le durase la vida.

Cuando despues de mil protestas de gratitud y secreto de una y otra parte, llegaron por fin á la puerta de la cabaña, era ya completamente de noche.

(Se continuará.)

PANTASIA.

ILUSION DE AMOR

POR

DON SEBASTIAN DE MOBELLAN.

(CONTINUACION).

—Mira, le dijo ella con esa voz dulce y dolorosa que tanto te estasia: mi vida por tu amor si este ha de faltarme algun dia.

—Faltarte? primero faltaria luz al sol y aire á la tierra y agua á los mares, que amor en mi corazon y constancia en mi pensamiento. ¿Quién en el mundo podrá amarte con la ciega idolatría que yo?

—Quién? ni el amor mismo que dejando el regazo de Vénus, bajase á este mundo en forma de ser humano para consagrarse á mí.

—¡Qué mundos de felicidades me aguardan á tu lado!

—Oh sí, sí; irémos donde tú quieras, donde tú desees, donde tus sueños te indiquen debemos ir.

Para mí tus caprichos serán mandatos, tus mas grandes deseos leves triunfos que conseguir.

Asi, pues, el mundo entero nos servirá de albergue y patria, y sus ruinas, sus grandezas, su historia, sus desastres y sus recuerdos, de páginas inmortales conque alimentar nuestro amor.

Y la mujer del negro antifaz, cesó de hablar.

Y el jóven sobrecojido de rubor ó espanto fijaba sus pupilas sobre la encantadora vírgen, que inclinada la cabeza sobre el pecho y los brazos sobre las rodillas, parecia la imágen de la resignacion, ante sus jueces ó sus verdugos.

Yo sentía tambien: pero era correr por mi frente un sudor frio como el que antecede á la muerte.

—Oh! imposible, imposible, murmuró el jóven.

—Imposible, y por qué?

—Es tan pura! es tan hermosa!

—Hermosa y pura como ella es la flor que nos fascina en el verjel y sin embargo, no por eso al profundizarla, deja de clavarnos sus agudas espinas.

—Pero cómo creerte!

—Fijándote por un instante en esa frente hace un momento altiva y orgullosa, ahora pálida y abatida: en esos labios, morada ántes del desden y la impudencia, ahora convulsos, secos, vacilantes; en ese todo, en fin, que antes desafiaba al cielo con los encantos de su hermosura, ahora descompuesto y desencajado, como anhelante de sepultarse en los profundos abismos de la tierra.

—Oh! qué dolor!

—Horrible, verdaderamente horrible, sí tu dicha estribaba en su cariño.

—No tenia mas ventura, ni comprendia otra felicidad.

—Desdicha ha sido cifrar tanto, en cosa que lo sabe apreciar tan poco.

—¿Y qué hacer?

—Olvidarla.

—Imposible.

—No lo es, apartándote de su lado.

—¿Y quién me apartaría si mi destino se ha ligado al suyo, como la vid al olmo encanecido por los años?

—Entonces, males sin cuento te esperan.

—Venturas los juzgaré pasándolos á su lado.

—Caminas á tu perdicion.

—La constancia me salvará: ella se compadecerá de mí.

—Ah! conque no hay medio?

—Ninguno.

—Escucha, pues.

—¿Otra terrible historia acaso?

—Aun no he concluido la primera.

—Dios mio!

—Ten valor y escucha.

—No puedo, no puedo.

—Ya tu corazon está herido con lo que sabes: ¿no es bien posible que lo que ignoras sea seguro antídoto para tan inmenso dolor?

—Sí, sí.

—Pues continúo.

Y la dama del negro antifaz, prosiguió de este modo.

Ya has oido las esperanzas que el profundo amor del jóven llevaba como tormentosas nubes á su acalorada mente: te resta saber cómo terminó aquella solitaria entrevista, en que las esperanzas se disiparon con el desengaño y las ilusiones se afianzaron con la adversidad.

El jóven acababa de terminar la poética descripcion de la existencia que llevarian, cuando ella, arrojándose á sus brazos, el rostro descompuesto y los ojos preñados de lágrimas, le dijo:

—Oh! cómo podria abandonarte á tí, el hombre mas digno de ser amado! Nó, nó; tuya es mi vida: haz de ella lo que te plazca.

—La acepto como mia, en la esperanza de que pronto la religion consagrará este lazo.

Cuánto! cuánto te amo!

—Y yo? No hay para mí mas que tú. Tu imágen lo llena todo. Pero ahora... exijo de tí una gracia.

—Habla, habla.

—¿Me prometes concedérmela?

—¡Y así me lo preguntas!

—Pues bien... que tendrás valor...

—Bah! ¿valor?

—Sí.

—¿Y para qué?

—Para...

—Acaba.

—Para... separarte de mí.

—¡Jesus me asista!

—Lo ves? esas lágrimas venden tu resignacion.

—Ah! pues bien, ya no lloro, ya no lloro. Me conformaré con mi desgracia.

—¿Desgracia? No llames así á lo que me obliga á alejarme de tu lado: ¡cómo hacerte conocer la profunda desesperacion de mi alma! Sin embargo, breve será el plazo de mi ausencia: tan breve que aun los vientos del otoño no habrán secado los cálices de esas flores que en tu ventana se ostentan, cuando ya tu amante estará á tu lado para no separarse jamás.

—Oh, Dios mio!

—Nada de aficciones, hermosa mia, porque estas á nada conducen: yo te amo con delirante embriaguez ¡y estoy sereno! ¿para qué si no, creó Dios la resignacion?

—Es verdad, es verdad.

—Todavía tardaré en darte mi despedida. Pero te ruego que cuando llegue esta noche, no tenga que reñirte por haber llorado. Me causarias un horrible pesar con ello.

—Ah! no temas, no temas: mis ojos estarán secos, y frescos y risueños mis labios.

—Entonces... hasta la noche.

—Adios, adios. Te aguardaré ébria de esperanza y felicidad.

—Y yo... yo no apartaré ni un instante tu recuerdo querido de lo profundo de mi corazon.

Y el jóven salió.

Y ella, apenas quedó sola en la estancia, cuando arrojándose sobre un confidente, prorumpió en desesperado llanto.

Presentia su destino.

La noche llegó por fin.

¡Horribles horas las que se espera!

El cielo se cubrió de estrellas: la luna apareció tranquila y magestuosa sobre la vacia bóveda: la poblacion respiró como un hombre que sale de los abismos de las aguas.

Era el suspiro de la humanidad al aspirar las frescas auras de la noche.

Pero el cielo empezó á vestirse de blanco ropaje: la luna á sepultarse sobre la enhiesta cumbre de una montaña; el vacío á llenarse de flotantes gasas, semejjando los rotos cendales de las ninfas de la noche, que el viento las habia arrebatado al volver á sus mansiones.

La poblacion era un cadáver; ni el mas leve rumor indicaba su existencia.

Solo una mujer, hermosa como la aurora que sonreia y fresca como la mañana que llegaba, parecia no dormir.

¡Y cómo hacerlo, si las horas que habian pasa-

do, no contenian para ella mas que una esperanza menos y una desventura mas!

Su amante no habia parecido!

Era la última desgracia que le podia suceder.

Sin embargo, apenas el primer rayo del sol hirió su alabastrina y casta frente, cuando irguiéndose como la imájen de la Desesperacion, enjugó sus lágrimas: se recogió el cabello caido en desorden sobre sus hombros: cubrióse con ancho y tupido velo y salió de la estancia.

La luz del sol empezaba á inundarla de lleno.

La animacion y el contento reinaban ya en cuantos semblantes se veian.

Las lenguas de la religion convocaban á los fieles desde lo alto de sus dominios al templo del Señor.

Todo respiraba amor, dulzura, misterio y poesía.

La jóven, sin embargo, seguia marchando.

Y al fin, deteniéndose en los umbrales de una inmensa casa de granito, llamó á ella: la campana retumbó en el interior con un ruido sordo y congojoso, parecido al grito de un ser desesperado ó al doloroso lamento del herido que pide hospitalidad.

Y así lo debieron comprender, cuando á poco la ferrada puerta giraba sobre sus goznes.

La jóven penetró resueltamente.

La puerta volvió á cerrarse.

La religion acababa de recibir en la soledad de su seno á la paloma huida del tumultuoso ruido de las ciudades.

La religion es el bálsamo del dolor.

.....

Y la del negro antifaz cesó de hablar.

Y la jóven, que durante la relacion ni habia osado levantar los ojos, se puso en pié.

—Dios mio! esto es horrible.

El jóven ni respiraba.

Parecia la estatua del Silencio en Atenas.

Hubo un momento de congojosa tregua.

Corto fué, porque la voz de la enlutada volvió á resonar.

Cinco meses, dijo continuando, se pasaron de este modo.

La jóven, que durante la ausencia de su amante se habia entregado á los mas desesperados accesos, contrajo una enfermedad que debia arrastrarla al sepulcro.

Así fué que su salida del convento se verificó en el acto, no sin gran sentimiento de las santas madres que la amaban con intenso cariño.

Pero el aire libre de la ciudad no atenuó en nada la gravedad del peligro.

La flor se habia abrasado al fuego de una pasion. No habia remedio para ella!

Era preciso morir.

Así, pues, se deslizaba aquella vida falta de sávia, de vigor y lozanía, sin ilusiones, sin encantos, sin esperanzas.

Pobre mujer aquella!

Tan jóven, tan hermosa y tan horriblemente desgraciada!

Sin embargo todo lo llevaba con paciencia.

El sufrimiento le había embotado las ilusiones; pero no la resignación.

Su amante la escribía: ella se esplayaba en esta muda correspondencia de dos almas que se adivinan aun: no todo estaba perdido.

¿Quieres conocer los sentimientos de él? Nada más sencillo: recuerdo algunas de sus cartas, modelos de sencillez y de cariño: hélas aquí.

—Oh! por Dios, por piedad, gritó la joven.

—¡Piedad! ¿la has tenido acaso de esos infelices á quienes has aherrojado al carro de tus triunfos? Hoy día, hoy día mismo, mientras al ausente le escribes cartas que deben enloquecerle de amor, ¿no le juras á éste sentimientos de fidelidad que ni has sentido ni es fácil que sientas? Oh! calla, no hables: el pudor se ofende con tus mentidas palabras; ten, pues, ya que no otra cosa, el valor de tus propios actos.

—Es que ya no le amo.

—Por qué le engañas entonces?

—Mi madre....

—No profanes ese nombre: una madre no quiere nunca la desventura de sus hijos. ¿Qué restaría en el mundo, si nuestros propios padres se erijiesen en verdugos de nuestras dichas?

—Hace muchos soles que nada sabe de mí.

—El de ayer alumbró tus protestas henchidas de felicidad.

—Ah! ¿quién eres tú, quién eres, que así te interpones frente á frente con mi destino? Habla, lo deseo, lo quiero.... lo mando.

—Tú? es la primera vez que un criminal manda al juez que ha de condenarle.

Y dirigiéndose al joven:

Escucha, le dijo, el texto de algunas de las cartas que no han alumbrado los soles; pero que ella conserva sobre su corazón.

“¿Por qué tu última carta me ha causado conmoción tan profunda, siendo así que ninguna como ella respira cariño, que en ninguna como en ella se leía más claramente la verdad de tu amor? ¿Por qué una vez, y otra, y otra, y ciento, la he repasado hallando un encanto desconocido, misterioso, en sus lacónicos renglones de amor, en sus amargos reproches, en sus dulces recuerdos entremezclados con amorosas quejas?

“Lo ignoro.

“Pero es lo cierto, que así como los ténues vapores de los campos á medida que se elevan se van condensando hasta cubrir la luz del sol, así las tristezas, brotando lentamente de mi corazón, acabaron por cubrir el cielo de mi ventura; de este modo, perdida la tranquilidad, es como mi espíritu empezó á decaer bajo el peso de una cruel melancolía.

“Me puse triste, sí; me puse triste: y entonces fué cuando en medio de esta profunda tristeza, de esta insondable amargura.... consulté mi corazón. Ah! y mi corazón te amaba más que nunca. Perdóname si he podido ofenderte: todo menos que sufras por mí: hartas desdichas llegan por otros lados, para que nosotros aumentemos su catálogo: amémosnos pues, y no tratemos de adquirir pesares, que acaso,

sin que los llamemos, no dejarán de tocar á nuestras puertas.

“Adios: hasta el aire que respiro, me parece el aliento de tu amor.”

“Ayer fué un día feliz para mí. Ayer, viajero abrumado en los estériles campos de la vida, hallé por fin bajo el árbol de la esperanza, la apetecida sombra prodigada por tu amor: ayer nació á un nuevo día: ayer la tranquilidad volvió á batir sus alas sobre las tempestuosas quimeras de mi imaginación.

“Te amo, sí, te amo con ese amor grave, profundo, melancólico, con que las ilusiones acarician las horas de la juventud: te amo con el amor del amante, con la pureza del hermano, con la veneración del amigo.

“Y tanto es así, que al tomar la pluma para reproducirte los sentimientos que en mi espíritu se agitan; al querer marcar las ideas que de mi pensamiento brotan, confuso tropel de sensaciones se desencadenan en él; y la pluma, pobre intérprete obligado, parece como que se niega á reproducir lo que la mente no halla medio de dictar; es impotente para revelarte su amor.

“Así es como al quererte decir mucho, mucho, no puedo; así es como mi amor, más grande acaso que el corazón, le llena de tal suerte, que sin poder evitarlo, acaba por ahogar en él cuantas sensaciones se le reproducen.

“Ah hermosa mía! tu amor es la luz que purifica todos los sentimientos de mi alma: y, no lo dudes, si hubiera modo de amar con el amor de los ángeles, aun á costa de mi felicidad te amara con la sublime virtud de ese amor.

“Y es, que no sé lo que encuentro en tí de tan seductora embriaguez, de tan cariñosa melancolía: no sé lo que alcanzo en tus escritos, en tus frases, en tus ideas, que me arrojarían á los mayores sacrificios, si estos fueran necesarios para probarte mi fé.

“Toda tú me enloqueces, me extasías, me embriagas. Díme, díme si te han amado como yo te amo: díme si tu corazón ha conocido jamás cariño como el mío: díme si alguna vez has comprendido igual pureza en el amor, porque lo creo tan imposible, como detener al sol con una mirada, ó al huracán con el ligero aliento de un niño.

“Oh dulce amada mía!

“Ámame, sí; pero ámame mucho, mucho, mucho.

“Necesito tu amor, como el ciego la luz; como el naufrago la tabla de salvación.

“Si te perdiese no sé lo que sería de mí.

“Hoy me devora la tristeza.

“Esta ausencia acaba con mis fuerzas.

“Léjos de tí, la idea de que padeces, de que no eres feliz, de que no me haces partícipe de tus placeres ó dolores, me llena de amargura: no sé por qué hace días mi espíritu se agita en un caos de desesperación. ¿Será un presentimiento?

“Todo me es indiferente, excepto perder tu amor. Sin embargo, lucharé, resistiré; y si sucumbo, bien

puedes asegurar que será para no levantarme jamás.

"Adios y no me retires tu cariño: seria una horrible y espantosa ingratitud."

Y la del negro antifaz cesó de hablar.

La jóven prorumpió en amargo llanto.

—Con que todo es verdad?

—Todo.

—Y así me has engañado?

—Así.

—Qué daño te habia hecho?

—Ninguno.

—Parece increíble!

—Mi amor fué una tempestad de verano; pasó: juzgué que contigo seria feliz.

—Y no lo has sido!

—Cuanto es posible serlo en la tierra.

—Y ahora....

—Imposible.

—Imposible!

—Sí; ha entrado la desconfianza en tu corazon: seria una desgracia para tí.

—No, no, yo te amo; y en este instante....

La del negro antifaz cortó el diálogo.

Y con voz trémula y agitada continuó de este modo.

(Se continuará.)

CRONICAS DE LA CORTE.

Conservatorio de Música y Declamacion.—Su organizacion y progresos.—Concursos de 1860.—Jurados.—Premios.—San Francisco el Grande.—Su origen, condiciones y vicisitudes.—Nueva restauracion.—La Purísima Concepcion de la órden de Carlos III.—Solemne ceremonia.—Madrid veraneando.—El Prado.—Apaga y vámonos.—Arroyo aprendiz de rio.—Un príncipe artista.—Obra de Saldoni.—Muerte de Palomo.—Bodas.—La corte en la Granja.—Anuncios teatrales.—Obras.—Compañías.

Porque ofrecí en mi última crónica, ocuparme de los concursos públicos celebrados últimamente en el Conservatorio de Música y Declamacion, voy á cumplir tal propósito, lectoras mias, deteniéndome en asunto de tanta importancia, en el cual vá envuelto el progreso artístico de España.

Para la mejor enseñanza y fomento de la ciencia y arte de la música, así vocal como instrumental, se estableció de real órden en el año de 1830, el Real Conservatorio de Música, á el cual fué despues unida la escuela de Declamacion. Diversa de la actual era la organizacion de este establecimiento á su creacion, porque entonces existian algunos profesores, suprimidos posteriormente, tales como el rector espiritual que instruia á los alumnos en doctrina é historia sagrada, un maestro de primeras letras, otro de literatura castellana, uno de baile y otro de esgrima. Las clases de alumnos del Conservatorio eran seis; gratuitos internos; auxiliados esternos; pensionistas ó contribuyentes de

AGOSTO.

toda educacion internos; gratuitos de solo educacion facultativa, externos; medios pensionistas de toda educacion, que solo pagaban alimento y equipo, internos; y contribuyentes externos; para lo cual satisfacian, los no gratuitos de tercera clase, 4880 rs. anuales; los de quinta, 2880; y los de sexta, 1440; siendo el número de plazas gratuitas 24, mitad de cada sexo, y componiendo en aquella época el total de alumnos, 200.

Muchos y rápidos fueron los progresos que ofreció el Conservatorio á su creacion, mereciendo públicos elogios de la opinion, así como de notables artistas nacionales y extranjeros, entre ellos el célebre Rossini que le visitó en 1831; hoy si no se halla á la altura de la idea que presidió á su fundacion, no por eso deja de influir en la cultura y en los adelantamientos del arte musical y en el sosten de la dramática española, y sobre este último punto tanto mas, cuanto que declinando ya el rumbo de los pocos actores que figuran en primera línea en nuestra escena, el Conservatorio ofrece en alguno de sus alumnos esperanzas, cuya realizacion se aguarda con vivo anhelo, para que no se entibien las glorias de los Maiquez, Latorres, Guzmanes, Lunas, etc. etc.

Libre y gratuita la enseñanza hoy, en este establecimiento, ya sea porque en su decaimiento haya influido lastimosamente el desden de los gobiernos ó las vicisitudes políticas, resulta que sus clases no se hallan tan concurridas como fuera de desear, ni sus resultados por lo general son tan prósperos, no obstante el celo desplegado últimamente por el director actual D. Ventura de la Vega, secundado por el laborioso é inteligente maestro compositor D. Rafael Hernando, secretario del mismo. A pesar de todo, el Conservatorio tiende en el dia, á organizarse convenientemente, redactándose un nuevo reglamento y procurando imprimir en él, mas vida, para que se realicen las mejoras de que es susceptible.

El concurso público de 1860 acaba de verificarse, habiendo formado el jurado para la distribucion de premios, alternativamente en las siete clases de música, los Sres. Eslaba, presidente; por enfermedad del director y como primer catedrático, Hernando, secretario; y vocales, las Sras. Doña María Martin, Doña Sofía Vela de Arnao, Doña Eufemia Lopez, Doña Encarnacion Lama y Doña Eduvigis de Orfila; y los Sres. Arrieta, Diez, Monasterio, Muñoz, Meliers, Herrero, Sobejano, Sos, Moré, Saldoni, Martin, Jimeno, Aguado, Mercé, Aranguren, Velaz de Medrano, Zabalza, Acebes, Ferraz, Orfila, Lahoz, Miralles, Mollberg, Barbieri, Perez, Vega, Carreras, Castellano (D. R.), Campos, Sesé (D. P.), Yañez, Grarsi, de Juan, Broca, Jardin, Ficher (D. E), Marzo, Aguirre (D. D.), Mendizábal, Meton, Navarro, Romero, Sarmiento, Salas, Oliveres, Cordero, Castellano; y para los jurados de las clases de declamacion, además de algunos ya citados, los Sres. Hartzenbusch, Pizarroso, Rubí, Escosura, Ayala y Serra.

El resultado del concurso, en los diez dias que se celebró, es el siguiente:

17 de Junio.—Solfeo.—Primer premio, Doña Victorina Ibarrola. Asistieron siete alumnos.

18. Armonía.—Primer premio, D. Adolfo Zabala. Asistieron seis id.

20. Piano.—Clase de alumnos.—Segundo premio, D. Adolfo Zabala, Asistieron ocho id.

21. Piano.—Clase de alumnas.—Segundo premio, Doña Elisa Arenas. Asistieron ocho id.

22. Contrabajo.—Primer premio, D. José Serrano. Asistieron dos id.

Violín.—Id., D. Emilio Ballesteros. Asistieron ocho id.

23. Clarinete.—Segundo premio, D. Rafael Blasco. Asistieron cuatro id.

Flauta.—Primer premio, D. Joaquin Gonzalez Ramos. Asistieron tres id.

25. Trompa.—No hubo premio. Asistió uno id.

Arpa.—Segundo premio, D. José Ovejero. Asistieron cinco id.

26. Órgano.—Primer premio, Doña Cesárea Zafra y Mora. Asistió uno id.

Canto.—Segundo premio, D. Juan José Fernandez. Asistieron ocho id.

27. Declamación.—Primeros premios, Doña Francisca Muñoz, Doña Pilar Boldun, D. Alfredo Maza, D. Félix Corrales y D. Gregorio Viana. Asistieron veinte y seis id.

Composición.—Medalla de oro por conclusion de carrera á D. Leopoldo Martin. Asistieron dos id.

El suntuoso templo de San Francisco el Grande yacía en un abandono lamentable: bajo sus bóvedas magníficas, apenas encontraban los fieles el pasto espiritual del santo sacrificio de la misa y alguna que otra función humilde y falta de ostentación por la escasez de recursos que allí se advertía. Recientemente se ha llevado á término la piadosa y necesaria restauración de este grandioso monumento de las glorias de la Magestad Divina, y todo anuncia que va á promoverse el culto sagrado con mas celo que antes.

Diré dos palabras, oportunas hoy, acerca de la fundación forma y vicisitudes de la iglesia de S. Francisco. El convento fué fundado por el mismo santo, que vino á Madrid en 1217 y habiéndole ofrecido sus moradores, sitio fuera de los muros, labró una pequeña y humilde ermita donde hoy se halla la huerta del convento. Esta fué estendiéndose sucesivamente hasta que se convirtió en gran iglesia y convento, pero demolidos ambos edificios en 1760, se comenzaron á fabricar de nuevo con gran magnificencia, y el todo de la obra tuvo fin en 1784, primero bajo los planos de Fray Francisco Cabezas, lego de la orden, que la dejó en la cornisa, y continuada después por los arquitectos Plo y Sabatini; de los cuales, el último concluyó el templo y levantó el convento. Ambos son estensos y grandiosos. La iglesia es una rotunda circundada de siete capillas y con un vestíbulo, cuyo diámetro, sin contar aquellas, es de 117 piés, teniendo 153 de altura, hasta el anillo de la linterna. Desde la línea de la fachada, hasta el fondo del presbiterio, hay 229. La cúpula mayor es magní-

fica y otras se ostentan también en las seis capillas, constandingo cada una de estas 35 piés en cuadro y la mayor 75 de fondo y 47 de ancho.

El altar mayor donde existía un sencillo tabernáculo, se ha sustituido ahora por otro, fabricado de rico y vistoso mármol de Carrara, que por anverso y reverso, tiene hermosas y estensas escalinatas cuyos pasamanos son de una pieza, y en el fondo se ha colocado una delicada sillería de nogal traída de Segovia, cuyos adornos de talla llaman la atención por lo escrupuloso de sus perfiles.

Los cuadros que adornan los altares de las capillas son de Goya, Calleja y Castillo, en el lado derecho; y de Velazquez, Ferro y Maella en el izquierdo, y hoy se hallan limpios y restaurados; y sobre los medios puntos de aquellas, penden seis grandes lámparas de bronce, y otras ocho repartidas en los costados de la capilla mayor, que han sido construidas últimamente y tienen mucho mérito, pero la verdadera joya artística con que se ha hermoñado la iglesia es la inmensa lámpara de aquel metal que luce en la bóveda principal, la cual se halla cubierta de primorosos adornos y cuyo peso es de 164 arrobas sin cera y 170 con ella, circundándola dos órdenes de candelabros.

El pórtico del templo consta de 67 piés de ancho y 37 de fondo y sobre su fachada se elevan dos torres y tres ingresos con arcos, coronados de estatuas. El convento contiene diez patios y en su tiempo contaba doscientas celdas, noviciado, enfermería y demás, y tanto este como la iglesia no luce lo que debiera por hallarse situado en un extremo de la población. Esto aparte, S. Francisco el Grande puede decirse que es el primero de los templos de Madrid; en él se verificaban antiguamente las exequias reales y aun se venera en una de sus capillas la imagen de la Purísima Concepción, bajo cuya advocación fundó el rey Carlos Tercero la orden de su nombre, conservando hoy aquella preciosa efigie, el mismo manto y la misma banda de la orden indicada, que aquel rey la colocó. Justo sería, pues, en atención á esta circunstancia histórica, que la piedad de nuestros reyes hiciera resucitar la costumbre de que se verificaran en lo sucesivo como en otra época, ante aquella imagen los capítulos de caballeros de la orden de Carlos Tercero que hoy se celebran en la real capilla. De este modo tendrían estas ceremonias la debida ostentación y el templo recién restaurado, luciría mejor sus bellezas, atrayendo mas la atención.

Los ornamentos y servicio del altar han sido contruidos nuevamente también; pintadas y hermoñeadas todas las dependencias; hechas dos grandes campanas, colocados para-rayos en las cúspides, y las cruces de Malta, símbolo de los Santos Lugares, campean en los altares y sacristía.

Ahora debo de daros cuenta de la solemne función celebrada el día 8, con motivo de la apertura. Una concurrencia numerosísima y compuesta de lo mas distinguido que la corte encierra, esperaba desde bien temprano la llegada de SS. MM. Los reyes llegaron á la una menos diez minutos, siendo recibidos por el Consejo de Ministros y el clero

con el ceremonial de costumbre. La Reina llevaba una rica mantilla y vestía un elegante traje blanco con volantes azules. El rey iba de frac negro, y formaban el acompañamiento, los gefes de palacio, duquesa de Alba, duque de Bailen, conde de Balazote y generales ayudantes del Rey, Lemely y Alos.

SS. MM. tomaron asiento en régios sillones colocados á la derecha del presbiterio; á su lado el infante D. Sebastian, en otro sillón mas bajo, y en unas banquetas de enfrente, los Sres. consejeros de la corona. Detrás de la Reina en otras banquetas, la servidumbre, y en la parte del centro las primeras autoridades, generales, y altos empleados. El resto de la iglesia se hallaba cubierto de sillas para los convidados.

Comenzó acto continuo la misa de Pontifical, celebrada por el Sr. Arzobispo de Toledo, y el P. Plaza, alumno de la Sorvone, pronunció una lucida oración sagrada, cuyo tema era el primer deber del hombre para con la divinidad por las mercedes que aquel recibe.

La misa, á la cual asistió la orquesta dirigida por el Sr. Daroca, dió fin, y los ecos del magestuoso *Te Deum laudamus* se perdieron en los ámbitos del templo, terminando con ellos aquella solemnidad, en la cual se quemó incienso y mirra llegado el día antes de Jerusalem, y fué presenciada por algunos misioneros, que llamaban la atención por sus largos trajes talares, iguales á los de las órdenes monásticas.

SS. MM. y su comitiva, los ministros, el nuncio de S. S. y generales asistentes, pasaron despues de la función á la sala de la Comisaría, donde fueron obsequiados con un abundante *buffet*.

Hoy se halla frecuentada aquella iglesia, por un sin número de gentes curiosas, y anhelantes de conocer las bellezas que contiene. Honor á los que saben mantener el alto y resplandeciente brillo de de la casa del SEÑOR.

Vamos ahora al Prado de Madrid, aunque en el susodicho paseo y en todos los demás de la coronada, también hay nubes de polvo y atmósfera impregnada de gases. A propósito del gas. ¿Queréis creer, leyentes mias, que en la capital de las Españas, tratan de reunirse sus habitantes para proponer al Ayuntamiento la sustitución de los fósforos de Lizarbe, por esos otros pobrecitos mecheros que nos tienen condenados al oscurantismo?

Aquí solo se vive de noche, con las luces naturales de los vecinos de Madrid, y esto tiene muy desconsolados á ciertos pollos, que carecen de recursos para prestar sus servicios á la capital.

En el llamado aristocrático paseo de que acabo de hacer mención, pronto tendremos que andar á tientas, porque la compañía del gas tiene tantos *humos*, que hace de ellos lo que le dá la gana, sin que el alcalde corregidor diga "esta boca es mia" con objeto de evitar que los madrileños se achispen todos los días, para *alumbrarse* de su *mottu proprio*.

Las gentes *comm'il faut*, han abandonado su centro comun, dejando libre el campo á una so-

ciudad casi desconocida; porque han de saber Vdes. que la concurrencia con que se ven favorecidas nuestras diversiones y paseos durante el verano, vive en sus cuarteles de invierno, mientras sopla el Guadarrama, y no suele asomar las narices. Así es que la moda, en estos meses caniculares, se cubre con una careta para no ser conocida, y muchas niñas de garbo pertenecientes á la clase media, que en punto á elegancia podrian echar su cuartito á espadas, se visten y adornan de un modo *sui generis*, hasta el punto de andar por estas calles de Dios, unas en almilla y otras con peinadores, en vez de zuavas ó manteletas.

A las márgenes de los *andrajos de agua*, como los llamó Quevedo, del famoso Manzanares, todavía

Entre mentiras de corcho
y embelecocos de vestidos,
la mujer casi se queda
á las orillas en lio:

porque del triste arroyuelo podria con mas razon
que nunca esclamar hoy Fr. Gabriel Tellez:

Como Alcalá y Salamanca
teneis, y no sois colegio,
vacaciones en verano,
y curso solo en invierno;

pues su escueta corriente, gime avergonzada con
los altos triunfos que alcanza el Lozoya, dentro de
estos muros.

Manzanares aun conserva, no obstante, su costumbre de dar pediluvios, á los aficionados á refrescarse en detall. Turbas de alegres bañistas descienden á las secas orillas de ese mar de la corte, y despues de haber hecho por no ahogarse, se ahogan en la población con cuyas densas nieblas de tierra se vive de milagro, salvo algunos días como estos últimos de mes, en que Eolo se porta, y las brisas del Puerto nos acarician.

Merece publicarse, por la augusta persona de quien parte, la noticia de que el Srmo. Sr. Infante D. Sebastian, cuya ilustración y afición á las artes son conocidas, ha dirigido á la Academia de Nobles Artes una memoria sobre *Los aceites y barnices de que se hace uso en la pintura*. He oido encomiar este trabajo como utilísimo, por la inteligencia y conocimiento de la materia con que está escrito.

El maestro Saldoni ha compuesto una obra titulada *Efemérides de músicos españoles*, y SS. MM. le han honrado aceptando la dedicatoria de su curioso libro.

El edificio llamado *Torre de los Lujanes*, que se halla en la plaza de la villa, y en el cual estuvo prisionero Francisco I, acaba de ser tasado pericialmente, pues este ayuntamiento trata de que el gobierno le conserve como un monumento histórico, para lo que se han hecho proposiciones al Sr. conde de Oñate, á quien pertenece en la actualidad.

El célebre perro Palomo ha muerto á consecuencias de la herida que recibió en Vad-Ras. El batallón de Baza ha perdido un consecuente amigo y

los oficiales del mismo tratan de disecarle en memoria de sus fatigas y padecimientos. Este animal fué en vida cubierto de laureles con motivo de la entrada oficial del ejército. No todos los hombres bajan á la sepultura pudiendo decir otro tanto.

El calor no ha impedido que en el trascurso de Julio hayan mudado de estado una hija del Sr. Paz y Membiela, mayordomo y secretario del infante D. Francisco, con el coronel del regimiento de Farnesio, siendo padrino S. A. en persona y verificándose la ceremonia en el palacio de S. Juan.

Tambien se ha celebrado el enlace de la señorita de Muro con el Sr. Cubillo, teniendo por padrinos á la Sra. viuda de Muro y al secretario de la audiencia, hermano del novio, y asistiendo como testigos los Sres. Olivan, Iranzo, Coello (D. Francisco) y Torre y Raurí.

Se habla de la boda del ex-ministro Bermudez de Castro, que acaso se haya verificado ya, con la hija de un antiguo y conocido general. Como se vé no faltan acomodados.

Sabido es que la corte no se halla aquí desde el dia 13, que se ha trasladado al ameno sitio de San Ildefonso. De entonces acá, el camino que nos separa de aquella deliciosa mansion se vé muy concurrido de sillas-correos, diligencias y omnibus. Cada dia afluye allí mas gente, unos por seguir una costumbre, otros por dar que decir, y los mas porque se ven placentemente obligados á ello. Los reyes reciben á menudo diferentes personajes, y el augusto esposo de nuestra soberana ha inaugurado ya la serie de giras campestres con que piensa obsequiar á varias personas de su particular estima. No falta tampoco quien vaya á la Granja con objeto de pasearse por *Quita-pesares* y de dejar allí las penas á que condena un apetito de turrón no satisfecho; pero no respondo de que todos aquellos que por tal senda se encaminan hayan visto cumplidos sus deseos.

Espérase en breve, en el Real Sitio, la embajada de marroquíes que viene, segun es pública voz, á ofrecer ricos presentes á Isabel II en nombre de Mohamed; hay quien supone que Muley-el-Abbas formará parte de la comitiva. Si esto es así, el mes de Agosto promete ser entretenido, porque habrá algo nuevo de que ocuparse á la sombra de aquellos árboles; al rumor de las aguas, de los vientos y la fama, y de rechazo en la coronada que ya no se sabe de qué hablar.

Voy á condensar las noticias verídicas que aquí corren respecto á teatros para la temporada próxima, ya que no pueda dar cuenta de ninguna funcion digna de mencionarse porque todos nuestros coliseos se hallan cerrados á piedra y lodo.

La compañía de ópera italiana destinada á trabajar en el régio teatro, se compondrá de los artistas siguientes al decir de personas enteradas.

Julienne, Dejan y Chorton Desmeure, primas donnas. Demerie Lablache, contralto. Fraschini y Rousi, tenores. Giraltoni y Marra, barítonos. Bouché y Manfredi, bajos y Rovere, caricato.

Las tres últimas partes de esta lista, pertenecieron á la compañía del año pasado.

En el teatro del Príncipe actuarán resueltamente, bajo la direccion del jóven primer actor Delgado, las Sras. Lamadrid, Alvarez, Marin, Campos, Valverde, Zapatero y algunas actrices mas para ligeros papeles, y los Sres. Delgado, citado, Calvo, Fernandez, Montañó, Pastrana, Casañer, Mendez, Alisedo y otros de menor importancia.

Al frente de la seccion de baile se hallará la inteligente y conocida primera bailarina Doña Rosa Espert; y aquella se compondrá además de diez parejas.

Teodora Lamadrid, artista insigne, tan estimada del público madrileño por sus grandes dotes teatrales, como por sus rasgos de mujer elevada, ha accedido sin obstáculo alguno á firmar su escritura por doscientos reales diarios menos del sueldo que ha ganado siempre, para coadyuvar á una empresa donde mas bien que el lucro, resalta el amor al arte y el deseo de despertar al teatro de su inaccion.

Los actores Fernandez, Calvo y otros, han prescindido tambien de las consideraciones de que anteriormente habian sido objeto, aceptando una prudente rebaja en sus sueldos, y aviniéndose á concurrir con su cooperacion á las desinteresadas miras de la empresa. Pizarroso estaba en ajuste y no ha firmado al fin la escritura, por creerse rebajado al posponerle á Calvo en la lista de los actores que se ha de dar al público. Lástima es que el actor de inteligencia se haya visto dominado por la susceptibilidad infundada del hombre.

Las funciones comenzarán del 1.º de Setiembre al 15; créese que con un arreglo del teatro antiguo, hecho por el sabio Hartzenbusch. La empresa cuenta con alguna obra mas del poeta citado y con otras de los Sres. García Gutierrez, Ayala, Cañete, Santistéban, Belza Fernandez y Gonzalez, Picon y otros jóvenes escritores de mérito y reputacion.

Esto es lo seguro respecto á la empresa del coliseo citado; á pesar de las contradictorias noticias de la prensa política de aquí. Acerca de los pocos teatros restantes de verso, nadie sabe nada; únicamente se asegura que el Circo no se abrirá porque el Gobierno se opone á ello, en razon al peligroso estado del edificio. Esta noticia la doy por referencia.

La direccion de la zarzuela tiene ajustados á las Sras. Santa María y Rivas, y á Caltañazor, Carbonell, Obregon, Fuentes, Cubero y Arderius. Añádese que probablemente será escriturada la Amalia Ramirez, que se halla aquí de vuelta de la Habana donde perdió á su señora madre.

Salas cuenta con muchas obras para la próxima temporada. Entre otras, *La agencia de matrimonios*, de Ayala, música de Arrieta. Una de Ferrer del Rio, música de Barbieri. Otras de Serra y Alvarez, que compone Gastambide; y varias además de Palacio y Martinez Pedrosa, que pone en música Fernandez Caballero; y de Picon, á quien acompaña Vazquez, el cual hará otra de Villanueva.

Se habló de que la Sra. Diez, en compañía de los hermanos Catalina, abrirían el teatro de Varieda-

des; pero se ha desmentido á mi modo de ver, con fundamento.

Se dijo que Arjona formaria compañía, y ya se asegura que no es verdad, puesto que este actor se halla hoy tranquilamente en Santander dando funciones.

Respecto á Romea, tampoco parece que debe pensar en ser empresario este año, á juzgar por la indiferencia con que mira la formacion de su cuadro, si abunda en tales propósitos, toda vez que continúa en Cádiz recibiendo bravos de su ilustrado público.

Resulta pues, dando por hecho ¿será aventurar? que los Ossorios no vengán á trabajar á Madrid, que no hay indicios de que tengamos abierto mas teatro que el del Príncipe. Poco es para un público como el de la corte, que siempre va donde saben llamarle. ¿Logrará esto el jóven Delgado? Elementos tiene para ello. Dios ponga tiento en sus manos.

Hasta el mes que viene, amadas lectoras mias.

FABIO.

IMPRESIONES DEL ECLIPSE.

"En el porvenir se envidiará á los
"hombres que tuvieron la felicidad de
"ver el eclipse de Julio de 1860, y
"esta felicidad se acrecerá, si cabe,
"para los que puedan observarle."

Maedler,

¡Gloria eterna al sabio astrónomo Maedler! ¡al ilustre director del Observatorio de Dorpat! Desde un humilde rincón de la cuna del renacimiento ó restauracion de la monarquía española, yo te saludo, como el mundo civilizado te saluda hoy; yo pronuncio tu nombre con el mayor respeto, como las generaciones futuras le repetirán y transmitirán en la historia á las que les sucedan. Yo, como los pueblos, las villas, las ciudades, las naciones, el mundo civilizado, repito: ¡Gloria al ilustre director del Observatorio de Dorpat! ¡Gloria al sabio astrónomo Maedler que predijo el eclipse, verificado el dia 18 de Julio de 1860!

Si algunas naciones pusieron en las sienas de ilustres poetas coronas de laurel ¿por qué hoy no se ha de coronar á Maedler en nombre de todas las naciones civilizadas? La ciencia no es hoy patrimonio de una nacion ó de un pueblo: en el momento que el hombre revela un descubrimiento, ó una idea, se apodera de ella el mundo civilizado y con hipótesis, deducciones, principios, y axiomas forma una ciencia nueva que todos pueden estudiar, combatir ó defender. Maedler no ha formado la ciencia. Maedler ha fijado el año, el mes, el dia, los momentos del principio, medio y fin del eclipse, la estension del disco solar oscurecida en dígitos y minutos y hasta las regiones por donde ha pasado. La historia, la cronología, la geografía, la astronomía, la navegacion y la historia na-

tural, sacarán grandes utilidades y ventajas incalculables de las observaciones de los eclipses solares, y adelantando estas ciencias las naciones progresarán. ¿Cómo pues han de mostrar su gratitud á Maedler?

Es, pues, bien sabido que, en los antiguos tiempos, los astrónomos y sacerdotes caldeos no quisieron vulgarizar, ó enseñar los cálculos secretos que formaban para predecir los eclipses de sol, ó de luna que sorprendian y atemorizaban con la oscuridad á los pueblos; pero los coetáneos de Nicias, que se dedicaban á la observacion de los astros, conocieron—segun afirman algunos autores—y esplicaron ya los eclipses solares por la interposicion de un cuerpo opaco, ó sea la luna, entre la tierra y el sol: y si no esplicaron, en aquella época, tan exactamente los eclipses de la luna; aducen los escritores—que de esto se ocuparon—entre otras razones, la de conservar Anaxágoras con el mayor secreto y cuidado la esplicacion de las fases de la luna. La Hire nos presenta en sus tablas las dos reglas para predecir los eclipses, valiéndose de un método tan sencillo cómo el de los caldeos; reglas que no trascribimos á nuestras columnas, porque habríamos de entrar en otro órden de ideas y consideraciones que nos distraerian del objeto que hoy nos hemos propuesto.

Contra los que, apoyados en una falsa creencia, dicen y repiten que

"El mentir de las estrellas
"es un seguro mentir;
"porque ninguno ha de ir
"á preguntárselo á ellas."

Bastaríanos tan solo recordarles la prediccion de Maedler y tantas otras de los astrónomos modernos. Desde el siglo XVIII ha progresado visiblemente la ciencia astronómica y sus cálculos, aunque todavía no han llegado á la perfeccion que el hombre apetece, fijan con exquisita precision y exactitud la prediccion de los eclipses hasta por minutos y segundos, su duracion, extension de los espacios que quedan en sombra en los discos de los astros, las zonas ó regiones donde se principia á ver el eclipse, donde ha de concluir y el camino que recorre. ¿Puede darse mas precision y exactitud, mas detalles en el conjunto y en su manera de ser? ¿Hay alguno que, en vista de sus resultados, se atreva á negar ya la existencia de la ciencia astronómica?

Pero dejemos estas consideraciones para los hombres que se dedican al cultivo de estas ciencias y aguardemos tranquilos la resolucion de muchos problemas y verdades que han de esclarecer los puntos dudosos aun, con las observaciones que hayan hecho del eclipse del 18 de Julio: ellos, que son sus verdaderos intérpretes, nos dirán todas las ventajas y utilidades que las ciencias reporten y las que pueden prometerse en el trascurso mas ó menos próximo de los tiempos, y si los resultados que acaban de obtener corresponden á las fundadas esperanzas que concibieron.

Presentóse la mañana del 18 de Julio fresca,

nebulosa y variable, y si bien los prácticos del país creyeron que estaba próxima la tempestad, á las 12 y 20' principió á despejarse la atmósfera, haciéndonos concebir la halagüeña esperanza de poder ver *alguna cosa* del fenómeno celeste, tan admirado como digno de ocupar la atención de los que se dedican á la ciencia de los astros y demás estudios que con ella tienen relaciones directas. A las 12½ me dirigí lleno de esperanza, al paseo de S. Pedro, delicioso por su situación topográfica, construido en 1847 por la generosidad de los hijos de Llanes, sobre una pequeña colina que contiene el ímpetu de las embravecidas olas del mar, y desde donde se ven unas diez y ocho ó veinte leguas de costa, y se descubre una extensión de mar en que se pierde la vista mas perspicaz. Desde allí se ven los montes, ramificación del Pirineo; verdosos prados; arboledas frondosas; vistosas aldeas ó pueblecillos, como Cué, La Portilla, La Carúa, Páncar, Parres, Pôo y porción de capillas que embellecen este delicioso paisaje; panorama encantador, lleno de recuerdos históricos, que nunca me canso de contemplar y admirar. Pocos minutos despues, llegan los marqueses de los Altares y de Gastañaga y Deleitosa, conde de Canilleros, alcalde-corregidor, juez de primera instancia, promotor fiscal y otros muchos particulares de esta villa y forasteros que han venido á bañarse en estas playas deliciosas, bien provistos de aparatos sencillos para colocar los anteojos terrestres. A pesar de celebrarse en estas inmediaciones la romería de Sta. Marina, de gran nombre en esta provincia, el paseo quedó bien pronto concurrido, como nunca se ha visto.

Rasgadas las parduzcas nubes que nos ocultaban el sol, la atmósfera quedó pura y diáfana, sin duda para que las gentes sencillas é incrédulas viesan por sí mismas que la ciencia astronómica es precisa y exacta y está sujeta al cálculo matemático. El termómetro de Reaumur marcaba al sol 27° que es digno de tenerse en cuenta; pues he oído decir que cuando mas calor se sintió solo llegó á señalar 26° en el mismo sitio. Los relojes comunes, arreglados al de la torre de la Iglesia parroquial, señalaban la 1 y 34', cuando se pusieron en contacto los discos del sol y de la luna. Hemos percibido este contacto por medio de un pedazo de vidrio ennegrecido por el humo de fósforos de cerilla y por el reflejo del disco del sol en el agua contenida en una jofaina, no habiendo podido valernos de láminas de metal, ni del naípe agujereado con cuidado excesivo, porque herian fuertemente la vista. Y cuenta que uno de los amigos que estaban conmigo se sintió tan conmovido al ver la primera fase, que le hizo dar contra su voluntad un ¡ay! que bastó para anunciar á otros el principio del eclipse.

Deseando observar la fase media del eclipse y mirando tan solo por el cristal ennegrecido por el humo, creemos por una aproximación racional que se verificó á las 2 y 48, ó 49'.

Si atendemos al volúmen de los primeros planetas, sus órbitas, diámetros y la velocidad con que

se mueven los cuerpos celestes, parece que la luna no puede dar, ó proyectar sombra y hasta se resiste creer que pueda cubrir todo el disco solar; pero, si acudimos al hombre de ciencia, nos dirá que en la naturaleza, es muy frecuente presentar los hechos al contrario, y al interponerse la luna entre el sol y la tierra, la sombra que proyecta llega hasta la tierra, ocultándose á la vista de muchos una *parte* del disco del sol y otras veces *todo*.

Desde que se verificó la primera fase el sol perdió su calor, luz y color naturales. Los montes, montañas y cuetos presentan un aspecto imponente: una luz roja, pálida, muy semejante á la que en el teatro quiere imitar al día, le sucede, y el alegre verdor conviértese en azulado oscuro: es que la luna se interpuso parcialmente entre el sol y la tierra, é insensiblemente la oscuridad de la noche sucede al día despejado, y va borrando de nuestra vista esos verdosos cuetos, montañas y montes; esos pueblecitos, cuyas casas, blancas como la nieve, parecen tímidas é inocentes palomas que van alejándose de nuestra vista y es ¡oh ilusión! el manto de la noche quien los hace insensibles á nuestras miradas ávidas. La oscuridad del cielo me permitió descubrir *cuatro* lúcidas estrellas ó planetas, en conformidad con los cálculos de Maedler que nos anunció la percepción de los *cuatro* planetas *Júpiter, Vénus, Mercurio y Saturno*, y que en los eclipses solares no volverán á percibirse, sino despues del trascurso de largos años. ¿Se habrán verificado los anuncios del sabio Leverrier? Los astrónomos se encargarán de decirnos, si efectivamente existe muy próximo al sol un anillo de planetas pequeños que Mr. Leverrier anunció que podría descubrirse en la oscuridad del fenómeno celeste.

A medida que la luna, interponiéndose entre el sol y la tierra producía sensiblemente la oscuridad, el velo de la noche, como traído por una mano invisible, cubre la superficie de las aguas que de O. á E. forman muchas fajas, muy extensas, paralelas y azuladas como de dos ó tres metros de ancho. El mar, antes mugiente y amenazador, tranquilízase por momentos y parece querer guardar profundo silencio: no parece sino que viendo aproximarse la noche, ó quiere descansar de las fatigas del día ó prepararse á observar el fenómeno celeste. Y cuenta que no tenemos noticia alguna de otro fenómeno que sin duda la ciencia sabrá explicar y que nosotros no sabemos mas que admirar.... Durante la oscuridad observamos hácia el N. O. todo el aspecto de la magnífica *aurora boreal* que parecía suplir la ausencia de la luz del día que, momentos antes, alumbraba á multitud de buques de vela que flotaban en alta mar y que no habríamos visto si no se realizase este fenómeno. ¿Ejercerá alguna influencia en el mar la interposición de la luna entre el sol y la tierra?

Las aves, durante los primeros momentos del eclipse parcial, desaparecen de nuestra vista. La gente del campo que despavorida y sin chistar huyó sin dirección al aproximarse lo que creía el fin del mundo, acude á los templos ó se postra y

reverente da gracias al Criador. La naturaleza toda detuvo su curso para contemplar y admirar este fenómeno, muda, sin vacilar: todo se preparó al descanso. ¿Quién por ateo é indiferente que sea no admira este fenómeno de la naturaleza y dá gracias al Hacedor Supremo por su eterna sabiduría? Las avecillas, con sus trinos dulces y armoniosos, dan gracias al Criador, como en la fresca mañana de la primavera: ¿y el hombre?...

Para apreciar mejor toda la fuerza del calor solar y el efecto de la oscuridad, nos situamos en el campapé de piedra sillería, construido en el año de 1790, segun he oido decir, á expensas del conde de la Vega de Sella y aunque como llevo dicho, el termómetro de Reaumur marcaba 27° al sol durante los primeros momentos de la primera fase, fué descendiendo durante el eclipse parcial y en el total llegó á bajar hasta 14°, haciéndonos sentir la brisa del mar, como se puede sentir en esta estación á las diez ó las once de la noche.

¡Qué grandioso y magnífico espectáculo hemos presenciado! Qué conjunto de fenómenos tan admirables y sorprendentes! Por un lado, el tránsito de la noche al dia y vice versa, precedidos de sus poéticos y sensibles crepúsculos; por otro, el inesperado y magnífico aspecto de una aurora boreal; el mar aquí, á nuestros piés, humilde y sosegado como si obedeciese á una voz misteriosa: allá, verdosos montes, cuyos elevados y escarpados picos se asemejan á los centinelas de nuestra independencia nacional; acullá, derruidas paredes de atalayas y fuertes que algun dia avisaban el peligro y defendian las libertades patrias; y en la boca del puerto el faro que alumbrará el 30 de Setiembre y guiará al atrevido navegante en noches tormentosas; y á nuestro frente Llanes, que parece sentada sobre la superficie de las olas del borrascoso mar Cantábrico; Villavieja por su edad y que empieza hoy á rejuvenecerse con las satisfacciones de sus hijos, que jamás la olvidan, prodigándole á porfía todo su afecto y cariño.

Si la ciencia de nuestros dias, en concepto de Maedler, no estaba satisfecha de los resultados que dieron las observaciones de 1778, 1806, 1842 y 1851, nosotros esperamos que las observaciones del 18 de Julio enaltecerán las ciencias, y los nombres de los astrónomos que le indicaron y hayan comprobado, serán admirados y respetados por las generaciones que nos sucedan. Las ciencias médicas no adelantarán con estas observaciones? Qué causas produjeron la indisposición que durante los cuatro ó cinco minutos del eclipse total sintieron muchas personas? Y qué efectos pueden producir en el sistema ú organizacion animal?

BERNARDINO DIAZ DE RIVERA.

Llanés (Asturias), 19 de Julio de 1860.

SALONES DE PARIS.

20 de Julio.

¿Sabeis lo que es abandonar la madre patria? Para espresar la pena que nos causa hallarnos

lejos de aquellos sitios deliciosos que á todas horas nos representan nuestros recuerdos, de aquel cielo purísimo al que elevábamos nuestros ojos para hacerle partícipe de nuestras primeras impresiones, de aquellos horizontes que llenábamos con nuestra imaginacion, que dilataban nuestras miradas y que nos adormecian para hacernos soñar—nada hay mas á propósito que esa frase santa con que las madres anuncian á sus hijos el castigo de su desobediencia infantil.

—Algun dia llorarás lo que hoy haces, les dicen.

Y ese día llega: cuando el hijo cierra los ojos de su madre, el sentimiento le recuerda la profecía maternal, y entonces es cuando conoce los tesoros de amor y de ternura que ha perdido.

Su dolor es inmenso; pero no inconsolable.

Del mismo modo, cuando se abandona la madre patria, es cuando se conoce lo que vale.

El dolor se cambia en pesar, y el único consuelo del ausente es pensar en su hogar, como el único consuelo del hijo es evocar la memoria de su madre, honrarla y bendecirla.

Por eso pienso yo á todas horas en España; por eso al recorrer las calles, al admirar los edificios de esta gran capital, al oír su bullicio, al tomar parte en sus placeres, me acompaña el amor á mi patria, y vivo para ella, y siento para ella, y para ella deseo todos los bienes de la tierra, todas las venturas del mundo.

Escribir para mis compatriotas, hablar á mi nacion, confiarla todos mis sentimientos, es la mayor de mis satisfacciones; pero buscar en los episodios de la vida parisiense, en los teatros y en los paseos, en los bailes y en los salones, en las casas de baños frecuentadas por la alta sociedad y en las misteriosas *villas*, donde se desarrollan felizmente los poemas de amor, que al llegar el invierno suelen convertirse en París en comedias, y mas tarde en tragedias; buscar en todas partes noticias interesantes para las jóvenes lectoras de esta Revista, para las mujeres españolas, bello ideal del sexo bello, es para mí además de una satisfaccion una necesidad.

Venid, venid conmigo á los salones de París y sabreis todo cuanto ha pasado.

Ya os dije en mi primer artículo que las *soirées* habian concluido, y que la gente habia cambiado sus ricos salones por los jardines y los paseos rodeados de árboles, adornados con fuentes cristalinas y embellecidos con las flores mas bellas.

El primer salon á donde voy á llevaros es el del Circo Imperial. Allí acude todos los dias una numerosa concurrencia, compuesta en su mayor parte de mujeres y de mujeres distinguidas por su belleza ó sus diamantes.

El atractivo que las seduce es un hombre, ó mejor dicho un acróbata.

¿No habeis oido hablar de Leotard? Pues desde hace algunos meses es el principal objeto de todas las conversaciones en París.

Ninguno le aventaja como gimnasta: los difíciles ejercicios con que admira á cuantos lo ven, las

arriesgadas pruebas que ejecuta, interesan al público como un drama de Bouchardi: los ojos de los espectadores le ven sereno desafiando el peligro, llegar mucho más allá de los límites de lo posible y la ansiedad que experimentan, el temor, se trueca en entusiasmo al saludarle victorioso un día y otro día.

Su mérito comenzó por hacerle popular y siendo popular las bellas parisienses fijaron en él sus ojos.

Víctor Hugo pudo en su tiempo hacer de un pueblo material un pueblo sentimental, de un corazón gastado un corazón de niño impresionable y entusiasta.

Leotard es el Víctor Hugo de la gimnasia. La forma es distinta, pero el fondo es el mismo.

Leotard conmovió á París y como es natural empezó á conmoverle por su parte más débil.

Las mujeres aman todo lo extraordinario: perdonan al que clava un puñal en su pecho y no perdonan nunca al que se humilla ante ellas.

Lo maravilloso las seduce. Seducidas por el mérito de Leotard, sin discutir su belleza, le encontraron sublime.

Dada la voz, todos los gemelos se fijaron en él.

A la primera impresión sucedieron las comparaciones, y al concluirse las comparaciones el sexo feo de París se halló en frente de un rival poderoso.

Desde entonces ramos, coronas, aplausos, vítores, ovaciones saludaron á Leotard: todos estos agasajos eran femeninos.

Se habló de Leotard por todas partes, en el salón aristocrático, en el tocador, en el hogar doméstico, en los paseos y hasta en las más pobres viviendas.

No contentas sus admiradoras idearon una fiesta en su honor, una fiesta de Aspasia que se ha verificado hace muy pocos días.

Un magnífico salón de una casa de la calle de Saint-Honoré fué decorado con todo el lujo de nuestra época, más incitante y más grandioso que el lujo de Semíramis. En medio se levantaba una mesa cubierta de esquisitos manjares, de los vinos más deliciosos.

Leotard recibió una esquila invitándole á una cena dispuesta por doce admiradoras suyas. Cenaría con ellas, pero á condición de consentirlas permanecer con una careta.

El joven aceptó: llegó en un coche, y con los ojos vendados para que no reconociese el sitio de la casa, fué conducido hasta el salón.

Al quitarse la venda le pareció soñar.

Una dulcísima música, misteriosa porque ignoraba de donde provenía le sorprendió agradablemente.

Los lacayos sirvieron la cena, que fué espléndida, y cada una de sus admiradoras depositó en las manos de Leotard una joya-recuerdo.

La galantería, el *sprit*, como dicen los franceses, fué el manjar más sabroso.

Terminada la cena fué conducido Leotard hasta su casa del mismo modo que había llegado.

Como veis todo esto tiene mucho de fantástico, pero nada de censurable.

Muchas mujeres encuentran que Leotard es un gran acróbata; pero le niegan la belleza de Narciso. ¡Qué injustos son los tiempos!

Los ídolos de ayer son hoy objetos de la risa.

Sin embargo, no puede decir esto Rigolboche, una de las más decididas bailarinas de nuestros días.

Hace un año que la dió á conocer el cronista de la *Independencia belga* y desde entonces no ha cesado de aumentarse su fama.

Se han publicado su retrato, su *Memoria*, un folleto titulado *Abajo Rigolboche*, y hoy se anuncian como próximos á aparecer los siguientes libros:

Rigolboche ha concluido.

Rigolboche y la Compañía de Omnibus.

Rigolboche y la Edad media.

Rigolboche y los corsés plásticos.

Rigolboche y su influencia sobre los estudiantes de retórica.

Rigolboche ante la posteridad.

Confesad que los franceses son inagotables cuando se proponen divertirse.

Los embajadores de Marruecos que han llegado á París están también á la moda desde que se ha sabido que se han negado á ser retratados para aparecer en la *Ilustración*.

Esto ha detenido á un fotógrafo que se proponía hacer fortuna en el imperio de Marruecos con las nuevas tarjetas de visita.

Nadie gana á los franceses en eso de inventar á todas horas sistemas extraordinarios.

Recientemente ha propuesto uno de ellos el medio de hacer dormir á un hombre durante diez años y despertarlo después. Esta operación se lleva á cabo congelándole.

Otra vez os hablaré más despacio de este descubrimiento, del que se está ocupando con mucha seriedad una corporación científica de Francia.

Hoy me limito solo á aconsejarle como un medio de hacer fortuna, los que tengan algunos miles de duros pueden prestarlos á réditos, hacerse congelar, y al cabo de diez años de ganar sin gastar ni tan siquiera en alimentos, hallarán centuplicado su dinero.

Esto merece tomarse en cuenta.

También se trata seriamente de dar un nuevo empleo á las mujeres francesas, que necesitan trabajar para vivir.

Si el proyecto de que os hablo llega á realizarse, desaparecerán de los pescantes de los coches de plaza las grotescas figuras de los cocheros, para ceder su puesto á las mujeres que en lo sucesivo serán las encargadas de guiar los vehículos.

Este pensamiento lo ha inspirado la moda: no ignorais cuán de buen tono es hoy que las señoras guien sus *char-a-banes*.

Otra noticia.

París quiere entregarse á la *vita bona*.

Se ha creado una sociedad de *Personas de juicio*. Todos sus socios deberán pagar sus deudas, no

gastar mas de lo que tengan, y sobre todo acostarse á las once de la noche.

La idea ha obtenido buen éxito y se está formulando el reglamento.

Segun nos dicen, los fundadores han alquilado á crédito el salon de sus conferencias.

Los que no creen en el amor deben leer la siguiente anécdota.

Un inglés conoció hace sesenta años á una señorita francesa, la amó, pidió su mano, se la concedieron y atravesó el Estrecho para buscar sus papeles y casarse.

Las revoluciones y los sucesos ocurridos en Francia desde entonces, impidieron al inglés que volviese á París.

Para consolarse se fué á la India y allí hizo una inmensa fortuna.

Ya rico volvió á Francia y buscó á su prometida.

Por una casualidad la halló á principios del presente año.

El tenia setenta y ella sesenta.

—Vengo á cumpliros mi palabra, la dijo despues de darse á conocer.

Desgraciadamente la muerte de él impidió el enlace, pero la dejó por heredera de todos sus bienes.

Sus parientes pleitean en la actualidad contra el objeto de un amor tan duradero, pero el testamento del fiel amante está en regla y la dará la razon.

Un jóven vió dias pasados un cuadro de venta: la firma que tenia al pié indicaba que era obra de uno de los pintores mas célebres de Francia.

—Cuánto quereis por él, preguntó al vendedor.

—Cuatro mil francos.

—Me parece muy caro.

—No lo creais: si tuviera otro cuadro del mismo autor para formar juego me hubieran dado seis mil por cada uno.

De veras?

—Lo que oís.

—Cuánto me dais y os hago yo ese cuadro.

—Vos!

—Yo, sí.

—Si pudierais hacerle os lo pagarian bien, pero habiais de ser el pintor de este cuadro.

—Pues yo soy, respondió el jóven, y no sé quién os ha dado permiso para borrar mi firma de él y poner la de ese autor tan célebre.

El vendedor del cuadro, cogido infraganti, se escusó como pudo.

Por aquel cuadro que pedian cuatro mil francos, habian pagado cincuenta á su autor.

En todas partes hay esplotadores del talento.

Os hablaria de la magnificencia de las decoraciones con que se ha puesto en escena la *Semiramis*, de las obras que se representan en los teatros, de los bailes, de las escursiones á los pueblecitos de los alrededores, os hablaria de muchas cosas mas; pero no pondría término á mi crónica.

Esperad un mes mas y en mi próximo artículo os llevaré á otras partes, os hablaré de otros personajes y de otras escenas.

AGOSTO.

Hoy para concluir os contaré la última anécdota que llega á mi noticia.

El célebre prestidigitador Hammlton ofrecia noches pasadas sacar un luis de un franco.

—Tomad este franco y devolvédmelo hecho un luis, le dijo uno de los espectadores.

El hábil escamoteador le complació en seguida.

Al cabo de un rato le pidió el luis.

—No os molesteis, le dijo el espectador, me es igual guardar esta moneda, ¿para qué habeis de trabajar en volverla á hacer franco?

Hammlton se retiró corrido.

JULIO.

REVISTA TEATRAL.

Dias hace que nada decimos del Balon, y no ciertamente por desden, sino porque en efecto aquel teatro solo da de vez en cuando algunas señales de vida, si bien lo que de resuello guarda lo echa todo junto cuando le llega su dia. Véase aquí por qué el último lunes nos dió para hacer boca el drama *Diego Corrientes*, y despues un baile, y despues la comedia *El diablo predicador*, y luego otro intermedio, y luego *Los celos del tio Macaco*, que aunque en un acto solo tiene legua y media de andadura. La racion, como se vé, es muy decente.

Verdad es que para este coliseo el verano es mala temporada, pero no se olvide que tras el verano llegará el invierno, y que si su situacion topográfica le hace estar en primera línea para cojer vientos y aguas, ello es que el público, acaso por eso mismo, no lo abandona en sus noches de temporal, y que el ruido de las olas y el zumbido de los huracanes parece como que prestan cierto aliciente á un drama de esos que chorrean sangre.

Piense, pues, el Balon en su porvenir, pues no ignora que su público le es fiel, y que á la corta ó á la larga vuelven á su redil las ovejas.

Hablemos ya de lo de hoy: hablemos del teatro Principal cuya estrella está cada dia mas brillante.

En nuestra última revista la falta de espacio no nos dejó mas que mencionar una de las producciones en que mejor nos ha parecido el Sr. Romea. Queremos hablar de *Bruno el tejedor*.

Quién no conoce esta comedia? De seguro ninguna persona de las que algo frecuenten el teatro. Ella es parte de todos los repertorios, y con razon, porque es una obra llena de bellos efectos, cuya verdad podriamos apreciar mejor si nuestras costumbres fueran las allí pintadas; pero el hecho es que porque el traductor haya colocado aquella fábrica en Alcalá de Henares y porque á los personajes les haya dado nombres españoles, no por eso ha podido hacerlos españoles á ellos. Hay por tanto en no pocas situaciones una tirantéz tal que impide le demos todo su valor: achaque comun en las traducciones, por el empeño que hay en trasladar á España, no solo las frases y los giros, sino tambien los interlocutores y el lugar de la escena, como si esto fuese posible casi nunca sin menoscabo manifiesto de la obra.

Mas adelante tendremos ocasion de esplanar con un nuevo ejemplo nuestro dictámen.

Dijimos que esta era una de las obras en que admi-

rábamos mas al Sr. Romea. Y por qué? Vamos á decirlo.

Pocos actores hay que sepan llevar el frac como el Sr. Romea: mejor que él ninguno. Esto de puro sabido ha pasado á ser un axioma escénico. Pero si en él semejante circunstancia nos cautiva, aunque no nos sorprende, hallamos que debe de serle harto mas difícil que á otro el saber llevar mal un buen frac: y cuenta que cuando así hablamos no queremos decir que lo del frac se entienda por el mero uso de esta prenda de ropa, sino por lo que ella dice en sociedad. Con esta palabra esplicamos aquí las maneras distinguidas y las toscas, las costumbres diversas, la diferente educacion; en suma, cuanto en lo exterior y en lo interior establece una diferencia entre los grupos sociales. Ahora bien, el Sr. Romea, permaneciendo siempre Bruno, sin deslizarse nunca á ser D. Bruno, y mucho menos aun el Sr. D. Bruno, llega á un punto de estudio y de posesion del arte, que nosotros admiramos tanto mas cuanto que creemos comprender la inmensa dificultad que ha debido vencer para transformarse en palurdo; esto es, en cosa tan opuesta á lo que él es. Aquel buen frac tan mal llevado es el que nos revela todo el mérito del artista.

Tras esta funcion vino la conocida comedia *Mujer gazmoña y marido infiel*, la cual se ha repetido algunos dias despues con gran placer del público concurrente.

Como allá en la época de la primera representacion de semejante obra en Cádiz emitimos acerca de ella nuestro juicio, habremos de limitarnos hoy á reseñar su ejecucion.

Esta ha sido acertadísima por parte del Sr. Romea, cosa que esperábamos de su gran talento. Réstanos hablar de los demás actores que han coadyuvado poderosamente al éxito.

La Srta. Berrobiano nos ha presentado de un modo delicioso el tipo, no de una gazmoña, porque no es ni debe serlo tal á pesar del título de la traduccion, sino de una linda devotita que se asusta hasta de sí propia, y que escondida dentro de su negro traje, tiene que hacer un esfuerzo sobre humano para ponerse un vestido de baile por la primera vez de su vida.

Nosotros comprendemos todo lo que hay de violento en esta transicion; pero así lo ha querido el autor, el cual por otra parte pinta costumbres y caracteres bien diferentes de los nuestros; y no es culpa suya por cierto que el traductor haya querido trasladar á España lo que no se escribió para España.

¿Qué inconveniente habria en que la accion se hubiese dejado en París? Ninguno: al contrario, entonces no habriamos estrañado tanto el que se diese un baile en una casa particular casi sin apercibirse de ello los que la habitaban, ni habriamos hallado tan violento el que una jóven criada en el retiro mas absoluto y en la mas ciega dependencia de su despótica madre, se sublevase al cabo contra los excesos de aquella autoridad, cuando en ello le iba el amor de su esposo. En una cabeza francesa se comprende la posibilidad de este cambio repentino; pero nos parece harto mas inverosímil en una cabeza española, y de mujer por añadidura; sexo que por estas tierras se apega fuertemente á sus costumbres, y que además no es fácil se deje llevar á donde no quiere ir.

El Sr. Capo caracterizó de un modo superior al D. Meliton. El desempeño de este papel le bastaria á alcanzar crédito de excelente actor, si ya no le tuviese.

El papel del franco oficial de marina amigo del esposo, fué interpretado con notabilísimo acierto por el Sr. D. Florencio Romea. En él vimos las buenas ma-

neras de la corte, modificadas hasta cierto punto por las condiciones especiales de la vida del mar.

Los demás actores pusieron de su parte cuanto alcanzaron para que esta comedia fuese oida, como lo fué, con singular complacencia, y para que alcanzase además grandes aplausos; así durante la ejecucion como al terminarse esta, en cuyo momento, segun acontece todas las noches sin excepcion, el Sr. Romea fué llamado á la escena, en la que se presentó en union de los individuos todos que habian tomado parte en la obra.

Llegamos ya á la gran novedad; al beneficio del distinguido artista que hoy dirige la compañía del Principal. Al efecto se habia anunciado *La oracion de la tarde*, poco conocida aquí, y de cuya ejecucion esperábamos mucho.

No repetiremos lo que de esta obra escribimos cuando por primera vez se puso en escena en el Balon. Impreso está en LA MODA y allí puede leerlo el que guste; pero sin perjuicio de lo que, segun nuestra opinion, constituya su mérito literario, ello es que no pueden negársele condiciones brillantes, y que se prestan altamente al desempeño, cuando este se halla á cargo de un Julian Romea y de una Cármen Berrobiano. Es en suma una produccion de aquellas de las que un actor que vale puede sacar un gran partido.

Así ha sucedido en efecto, y el público, aun esperando mucho, todavía no se creyó defraudado en sus esperanzas. La carta en que la culpable esposa revela su crimen al hombre á quien ha deshonrado, aquella carta tan bien colocada allí y tan superiormente leida por el Sr. Romea, conmovió hondamente á los espectadores, los cuales volvieron de su estupor para prorumpir en frenéticos bravos y en atronadoras palmadas. ¡Qué magníficos accidentes de actor supo desplegar en aquel momento! Aquellas palmadas, aquellos bravos, hacian honor á la inteligencia de Cádiz y á su buen gusto; condiciones á que ha hecho recientemente justicia con tal ocasion un periódico de la córte, en cambio de la poca que á nuestro pueblo hacen algunos de sus hijos.

La Srta. Berrobiano en este drama es una joya sin precio. A su voluntad nos hace llorar y reír, porque ella tambien rie y llora con toda su alma. Es toda una gran actriz, y eso á la edad de diez y siete años, que segun tenemos entendido apenas los cuenta. La escena española debe vestirse de gala por semejante adquisicion.

Bien estuvo asimismo el jóven Sr. Morales.

El teatro rebosaba de gente y la animacion era general. Pidióse la presentacion de los actores despues de todos los actos, y terminado el drama se les hizo salir hasta tres veces; verificándolo la última solo el Sr. Romea, como objeto especial á que se dirigian los plácemes por ser la noche de su beneficio.

El drama se repitió al siguiente dia y despues al otro, sin haberse agotado aun; cosa aquí inusitada, porque el público de este teatro es siempre el mismo poco mas ó menos, y la obra además, segun llevamos dicho, no era nueva aqui.

¿Y qué diremos de *La niña boba* de Lope de Vega? —Que es uno de los mas legítimos triunfos de la Señorita Berrobiano. ¡Cuánta gracia! ¡Qué intencion dramática tan maliciosa! Digámoslo en una palabra: ¡qué talento!

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

Llego con una abundante provision de pormenores y de modelos. Voy á describir todo esto lo mas exactamente que me sea posible.

Una falda de muselina lisa. Dos buches estrechos, atravesados por una cinta malva, colocados inmediatamente encima del dobladillo. Chaqueta igual, redondeada por abajo, por los lados, por delante, rodeada por dos buches semejantes á los otros, pero sin dobladillo, esto es, cerrando el borde mismo de la chaqueta.

El corpiño tiene unas especies de tirantes con dobles buches.

Mangas anchas, cortadas al sesgo, plegadas por arriba, ligeramente fruncidas por abajo, adornadas con buches.

Cinturon *Duquesa*, de cinta malva muy ancha.

Otro modelo.

Trage de muselina lisa blanca. Sobre la enagua once pequeños volantes con dobladillo.

Mangas anchas guarnecidas de dos volantes.

Manteleta igual, guarnecida de siete volantes. Estos no tenian casi mas que cinco centímetros: los de la enagua ocho.

Voy á citar otro aun:

Una manteleta de muselina, fondo sembrado de lunares pequeños, festonada por delante y en la escotadura, guarnecida por un alto volante igual, festoneado.

Una enagua y chaqueta de piqué blanco, orladas de terciopelo negro.

Chupa húsar, del mismo género.

Se ven manteletas-chalets de muselina, así como chalets dobles, guarnecidos de volantes bordados.

Despues un corpiño montante, abotonado por delante, de muselina, destinado á ponerse sobre un trage escotado.

Sobre este corpiño hay unos paños compuestos de tres pliegues solamente, forrados en tafetan malva, y adornados de encaje-guipure blanco de un dedo de ancho. Estos paños cruzan un poco por delante en la parte baja del talle, terminándose por dos faldones redondeados guarnecidos como lo demás. Por detrás, donde tambien se ven largos faldones, los paños descenden formando corazon hasta la parte inferior de la espalda.

Para adorno de trages, continúan adoptados los volantes pequeños; pero ved aquí la disposicion que por el momento está mas de moda: es un gran volante, sobre el cual se colocan otros tres ó cuatro de diez centímetros.

Cuando estos son de barege, se les rodea casi siempre de cinta de color fuerte.

Trage de barege negro.

Sobre la enagua un volante de treinta centímetros, despues cuatro volantes de solos diez; el último en cabeza, y todos ribeteados de cinta malva.

Manteleta igual, cubierta con siete volantes.

Trage de barege azul, con volantes bordados de seda. Chal doble con igual bordado.

No es posible figurarse el número de chalets ó manteletas iguales á los trages que se ven. Esto se ha convertido en una especie de pasion.

Algunos corpiños se adornan con buches ó plegados, puestos en forma de tirantes.

Se hacen tambien pequeños fichus redondeados en forma de berta ó de peregrina por detrás, y con faldoncillos estrechos que vienen á cruzar por delante, volviendo despues hácia la espalda donde figuran un cinturon flotante. Todo esto es muy gracioso para las jóvenes.

Las chaquetas de tafetan negro ó de tela igual al trage, nunca han gozado de mas favor que el que hoy gozan.

Los trages de organdí son deliciosos para equipo elegante.

Digamos algo de los sombreros de Mme. Alexandrine. Sus modelos no se parecen á los demás; son caprichos artísticos.

Para ceremonia se buscan siempre sombreros de crespon y de tul.

Los sombreros de paja de capricho ó de crin se reservan para el negligé.

No hay ricos equipos sin acompañamiento de joyas; se las lleva con profusion. Los camafeos de Mr. Isler, de Roma, son encantadores. Se hacen de ellos broches, hebillas de cinturon, brazaletes, alfileres: es el género antiguo que ha vuelto al favor.

Hay además una porcion de chalets de todas especies: unos rayados, otros de orla recamada, chalets de granadina á cuadros; en fin, chalets de fondo liso. Frecuentemente son negros, con ancho ribete liso tambien y de color que resalte: por ejemplo grosella.

El almacen de la *Campana de oro* encierra mil tesoros, entre los cuales os citaré particularmente la pomada *antipelicular*, que desembaraza los cabellos de aquellas pequeñas láminas blanquizas cuyo aspecto es de los mas desagradables, puesto que parece denotar falta de cuidado y de limpieza, cuando en rigor es una especie de enfermedad del cuero cabelludo, de la que es bueno deshacerse cuanto antes, atendiendo á que acaba por dañar los cabellos impidiendo su desarrollo, y algunas veces procurando su caída. Importa pues desde los primeros momentos emplear la pomada *antipelicular*.

Tambien debo decir por último, que se halla en casa de Prevost un gran surtido de guantes, de frascos de faltriquera, de abanicos ricos antiguos para regalos de boda. Los famosos *guantes químicos* que conservan la blancura de vuestras manos; lindos peñecillos de concha, y en fin el *manotipo*, por medio del cual, una vez tomada la medida de la mano, se puede, sin verla, enviar guantes á cualquier punto de la tierra.

MME. JULIETTE LORMEAU.

EXPLICACION DEL FIGURIN DE SEÑORAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de organdí salpicado, teniendo la enagua nueve volantes festoneados del mismo color del sal-

picado: monillo redondo, alto y fruncido: mangas de dos buches y un volante: manguitos de tul bordados. Chaqueta *Illúsar* de glasé negro bordada de cordoncillo ó trencilla estrecha y cuentas de azabache: forro de seda punzó. Capelina de red de seda punzó anudado sobre el pecho y detrás gran lazo de cinta ancha del mismo color con cabos largos. Guantes paja. Brazaletes de cabello y coral.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de barege, cortado en una pieza, abotonado de arriba abajo y adornado de plegados de la misma tela ribeteados de cinta malva: manguito y cuello de organdí. Sombrero de crespon malva con adornos de blonda negra: en el interior bandó de blonda blanca: á la derecha ramo de pensamientos. Guantes gris claro.

EXPLICACION DEL FIGURIN DE NIÑOS.

Primer figurin para niño de 6 años.—Blusa de Orleans gris galoneado de terciopelo azul Prusia. Pantalón corto con el mismo galon. Manguito y cuello de chaconada. Botito negro.

Segundo figurin para niño de 9 años.—Blusa de popelina marron galoneada, como la anterior, de terciopelo negro, cerrando el delantero á la izquierda. Pantalón igual con una banda de terciopelo negro á cada costado. Gorra de terciopelo marron y ribete de cinta negra.

Tercer figurin para niña de 10 años.—Vestido de glasé escocés: monillo liso: mangas plegadas por arriba y anchas por abajo: manguitos y cuello de muselina. Pantalón corto y ancho. Sobre todo de glasé negro con esclavina y manga corta vuelta, bordado todo de pasamanería del mismo color. Cabello sujeto con redcilla de seda negra. Sombrero *Bolivar* de paja gris ribeteado de terciopelo negro y adornado de plumas de diversos colores. Botito gris.

Cuarto figurin para niña de 8 años.—Vestido de seda gamuza adornado de plegados, lazos y botones marron: manga ancha y abierta: manguito y cuello de muselina. Pantalón corto y ancho. Sombrero de seda azul cielo adornado de flores y cinta del mismo color: en el interior bandó de blonda. Botitos marron.

Quinto figurin para niña de 7 años.—Vestido de seda verde Isly adornando la enagua varias guarniciones de pasamanería del mismo color: monillo escotado y como la manga con igual adorno que la enagua. Camisolin de muselina. Cabello sujeto con redcilla de felpilla verde con una corona de cinta plegada y nudo al lado. Pantalón corto y ancho. Al cuello cinta estrecha de terciopelo negro.

Sesto figurin para niña de 12 años.—Vestido de glacé malva: monillo formando chal vuelto: cinturón con grandes cabos: mangas anchas. Todo el vestido se adornará con rizados de cinta picada. Camisolin y manguito de muselina: cuello y puños bordados. Pantalón bordado. Manteleta de glasé negro, guarnecida de plegados de la misma tela. Botitos gris.

Sétimo figurin para niño de 5 años.—Chaqueta Zuava de popelina azul cielo, adornada como la enagua de terciopelo y pasamanería. Faja de cachemir bordada de colores. Pantalón corto y ancho. Botito azul. Sombrero de castor con ribete y adornos de terciopelo azul cielo.

Octavo figurin para niño de 12 años.—Levisac y pantalón de Orleans negro. Chaleco de capricho. Corbata negra ó azul. Sombrero de hombre.

SUMARIO.—GALERÍA DE MUJERES CÉLEBRES, por la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco.—UN VIAJE REDONDO, por D. Baldomero Menendez.—UN AZAR DEL REY CHICO DE GRANADA, por D. Juan Miguel de Arrambide.—A SU SANTIDAD EL PAPA PIO IX, por D^a María de la Concepcion Saralegui de Cumiá.—A CIRO FIELD, POR LA INMERSION DEL CABLE ELÉCTRICO SUBMARINO, por D. Joaquin Lorenzo Luaces.—LA NOCHE DE LA BODA, fantasía traducida del francés, por D. Bruno del Barco.—LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.—FANTASÍA. ILUSION DE AMOR, por D. Sebastian de Mobellan.—CRÓNICAS DE LA CÔRTE, por Fabio.—IMPRESIONES DEL ECLIPSE, por D. Bernardino Diaz de Rivera.—SALONES DE PARÍS, por Julio.—REVISTA TEATRAL, por D. Francisco Flores Arenas.—MODAS DE PARIS, por Mme. Juliette Lormeau.—EXPLICACION DEL FIGURIN DE SEÑORAS.—EXPLICACION DEL FIGURIN DE NIÑOS.—GEROGLÍFICO.

LAMINAS.—Figurin de trajes para Señora.—Idem para niños.—Dibujo de tapicería en colores.—Hoja doble de patrones para bordados.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

Muchos ajos en un mortero mal los maja un majadero.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

